LOS HIJOS DE GONI

quya reyna

LOS HIJOS DE GONI

Quya Reyna

LOS HIJOS DE GONI

Los hijos de Goni
Primera edición
Marzo de 2022

© Quya Reyna (Reyna Maribel Suñagua Copa), 2022
© Sobras Selectas, 2022
El Alto – Bolivia
www.sobrasselectas.com
sobrasselectas@gmail.com
DISEÑO:
Gonzalo Lecoña Marquez
EDICIÓN:
Alexis Argüello Sandoval

Depósito Legal: 4-1-723-2022
ISBN: 978-99974-901-9-3

Este libro no puede ser transmitido, almacenado o reproducido total ni parcialmente, incluido el diseño de la cubierta, de manera alguna, sin el consentimiento por escrito del editor.

ÍNDICE

Los hijos de Goni 11
ElHuicho 19
Un fiambre 31
El arte del khamaneo 37
La ratera 45
Los «extraños» 59
Perro gris 65
La culpa es de la Colonia 79
La «ciudad» 87

Tabla de salvación
CECILIA SALAZAR DE LA TORRE 97
Los hijos de Goni
ROSARIO DE LA CRUZ MAMANI 99

A la Adela y al Filomeno.
Su hija ya ha crecido, mami, papi.

Los hijos de Goni

Las reglas en la casa eran muy singulares. Por ejemplo, nunca debíamos sacar la lengua para ofender a otros. Ese era el peor agravio que un niño podría hacer, como si fuera la alerta de que el infante se convertiría en un drogadicto o en un delincuente en el futuro. Nuestra reputación dependía de cuántas veces exponíamos la lengua.

Qué lejos estaba la casa del colegio, muy lejos. Adela, a quien llamábamos «mami» de cariño, nos repetía que no debíamos aceptar dulces de extraños ni acercarnos a ellos en todo el tramo a ser recorrido, mínimo, cinco días por semana. Gran problema al principio porque, para el primer día de colegio, todos eran extraños.

Había una cantidad de reglas y normas que seguir en casa, dentro y fuera de ella, de niños y después de niños. Todas determinadas bajo la mirada precavida de mamá y el complejo de «sargento» que tenía papá. Todas interesantes, con una historia que contar, todas, aunque una era la que más me gustaba.

Lo que en casa pasaba es que muchas cosas que comprábamos tenían un final, se acababan. El objetivo era que esas cosas durasen lo máximo, que ese final sea

muy muy lejano, como cuando usábamos el champú. Comprábamos los más baratos, los que costaban veinte centavos, esos que te los tragabas al abrirlos y venían en bolsitas rectangulares de plástico grueso; un champú para personas que no requerían instrucciones de uso; no había nada más en los empaques que una palabra: manzanilla, huevo, motacú. Unas gotas eran suficientes. La misma bolsita debía alcanzar para cinco cueros cabelludos y algunas axilas sudorosas.

La ropa, los zapatos, la comida, los útiles… Todo tenía que ser usado, reciclado y reusado, explotando al máximo sus funciones. En el mundo no hay ambientalista más grande que el pobre. Creo que un hippie comelechugas, hacedordecompost, pintordeflorerosenbotellaspet no escribiría fuera de los márgenes de un cuaderno en letras pequeñas para que le dure casi dos años.

Una noche, mientras comíamos, alguien dejó unas papas sobrando en el plato, y es que esa era una ofensa a nuestras «tradiciones de pobreza». La regla de casa era que después del almuerzo, cena, o en cualquier comida, los platos debían quedar limpios. No hablo de ir a lavarlos inmediatamente con jabón ni nada de eso. Es que no debíamos sobrar ningún grano de arroz, para nada. La más pequeña migaja en el piso era un insulto. La mínima gota de teicito en la taza era una ofensa. El plato con una sobra de verduras o media papa significaba la decepción de mi padre para con sus hijos.

La papa es sa-gra-da, decía mi papá, ya que tenerla en el plato era el resultado del trabajo arduo de la

cosecha de mi familia en el campo. Sobrar una era totalmente intolerable. Papá vio esos restos e inmediatamente gritó: Pero ¡qué se creen ustedes para sobrar la comida! ¿Se creen hijos de Goni? ¡Váyanse a vivir con Goni!

Y fue la frase que se me quedó en la cabeza, hasta ahora.

¿Qué significaba ser hijo de Goni?

Gonzalo Sánchez de Lozada, del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), era el presidente del país en ese entonces, 2003. Famoso por haber sido el «gringo» que fue la mofa de Carlos Palenque, por cómo hablaba, de forma «gwringa», y también era el personaje más carismático, debo decirlo, del programa televisivo de sátira política *Esta boca es mía*. Para mi papá era la máxima representación de lo *q'ara* en el país: uno que se cree «blanco», un racista que venía a imponernos sus normas morales y religiosas, que odiaba a los pobres etece, etece. Aunque lo más interesante era que para mis hermanas significaba un riquillo que, por tener tanto dinero, no le importaba sobrar unas papas en su plato. Sus hijos, en consecuencia, eran los que gozaban de los mismos privilegios de su padre para cometer semejantes ofensas de desperdicio de cosas y alimentos, desmereciendo su costo al obtenerlos.

Yo conocí a Goni por mi papá, ya que nos contaba también que, aparte de odiar a los pobres, odiaba a todo aquello con lo que mi familia se identificaba: ¡Ustedes son hijos de campesinos, hijos de aymaras! ¡No pueden comportarse como hijos de ese *q'ara*!

Ser «hijo de Goni» era un insulto para mis hermanas y para mí, así que quien recibiera ese denominativo, cualquiera de nosotras, estaba marcada y advertida: debía cambiar su actitud y comerse en ese instante hasta las cáscaras que se tiraban al piso. Así lo hizo mi hermana menor: la hija de Goni (solo por dos minutos). Pero claro, ¡qué se creía mi hermana!, pensé. Desde niña ya tenía ese pensamiento: No somos hijos del gringo, no podemos sobrar comida en el plato.

Es por eso que, cuando conocí por primera vez a la Mafalda de Quino, que se negaba a comer sopa, lo primero que pensé fue: ¡Esta es otra hija de Goni! ¡Cómo es posible que no coma sopa! ¡Cuesta mucho tener sopa!

Tenía ocho años la primera vez que mi papá dijo eso y desde ese momento renegué de la gente que sobraba comida en el plato, de mis compañeros de colegio que arrancaban hojas de su cuaderno, sin consideración por lo costosas que eran. Me dolía ver que los vecinos botaban sus calaminas viejas (las cuales mi papá siempre recogía para «cualquier cosa») o que mi perro no terminara su lagua de choclo: ¡Perro de Goni!

Sin embargo, lo que más me tranquilizaba era que varios de mis compañeros de curso eran como yo: tenían botones de colores cosidos a mano en un guardapolvo blanco que habían heredado de sus hermanos mayores o de algún desconocido, ya que esas prendas se encontraban entre los montones de ropa usada de la 16 de Julio. Conocía amiguitas que se terminaban todo el desayuno escolar (el líquido de chocolate o vainilla servido de un balde) y que, incluso, si sobraba, se lleva-

ban en botellas de plástico. Los que no jugaban con el pan, las que llevaban medias impares remendadas o con algún encaje viejo. Yo los entendía, luchábamos para no convertirnos en hijos de Goni.

Un día antes de los conflictos de octubre del 2003, la Adela nos mandó a comprar gas a la avenida. Mi hermana insertó un palo en los orificios de arriba de la garrafa. Ella tomó un extremo y yo el otro para cargarla. Caminamos hasta encontrar un camión de gas. Digo que eso pasó un día antes, sin precisión, porque no recuerdo bien cuándo anunciaron el bloqueo de carreteras principales, además de la paralización de venta de gas. Adela pensó que serían pocos los días de paro, agradeció a Dios por la garrafa llena de gas que compramos y se puso a cocinar. La garrafa se vació rápido, aunque fuésemos unos expertos en ahorrar.

La historia todos la conocen, Goni quería vender el gas de Bolivia a Estados Unidos, la vía sería Chile y es por ello que varios alteños estaban molestos: ¿Por qué? Porque el gas era lo único, pensaba yo, que le daba algo de comodidad a varias familias, perder el gas justificaba un enojo colectivo.

Papá era carpintero. El aserrín, que varias veces era la molestia de la Adela, fue lo que usamos durante días y días de paro. Quemamos maderas, aserrín y leña usando una pequeña estructura de fierro, como una mesa sin cubierta, que hizo mi papá para poner encima la olla grande donde preparábamos la sopa. Sopa de huevo o sopa de hueso blanco era lo que cocinábamos en casa, con un poco de arroz y verduras, (varias colas

de cebolla sobrantes de otras comidas o lo que había cuando otros vecinos nos regalaban).

Los tanques de guerra cruzaban las avenidas, en tanto varias personas íbamos cargando garrafas vacías en las manos, en *awayu* o en sábanas, sobre carretillas o con palos. Las marchas contra el gobierno recorrían todo El Alto. No podía verlas de cerca, porque siempre había gente amontonada gritando: ¡El Alto de pie, nunca de rodillas! Los que no marchaban saludaban a los manifestantes. Vi todo por primera vez cuando mi mamá y yo fuimos a vender sopitas (fideo mezclado con maní y unas tortillas de verdura) al Cruce de Villa Adela. ¡Los marchistas vienen!, gritaron los comerciantes ese día y la gente guardó su mercadería bajo mantas o nylones. Llegaron. No, no tengan miedo, gritaron. No les vamos a saquear nada, no somos así, calmaron a la gente, quienes, al escucharlos, aplaudieron su llegada. Yo me escondía bajo la pollera de la Adela y ya no tuve miedo cuando dijeron eso. Somos iguales, no podemos saquearles pues, dijo uno de ellos. Yo los vi. Tenían la piel quemada por el sol, sus manos estaban sucias y sus ropas viejas, algunas remendadas; otros usaban zapatos viejos o marchaban con abarcas, comían *pasank'alla* y bebían agua o llevaban refrescos Coca Quina en la mano.

Mi papá decía que la Coca Quina era la bebida de los pobres, porque era barata y se parecía a la Coca-Cola. Cuando se arruinaban mis «zapatos de casa», mi papá compraba abarcas, decía que duraban «hasta la muerte» (por eso me compraba tallas más grandes). Las

pasank'allas fueron algunas veces el recreo que nos daba mi mamá, porque, según recuerdo, casi nunca nos daba dinero para comprarnos algo. Todas esas cosas no eran hechas por «los hijos de Goni», ellos no podrían, solo nosotros podíamos, los que no queríamos ser hijos de Goni. A esa edad, pensé que Goni mataba y reprimía a los que no querían ser sus hijos: los que no querían arrancar una hoja sin usar de su cuaderno, los que no sobraban ni un grano de arroz en su plato y los que de seguro casi siempre se ponían la ropa usada de sus hermanos. Pensaba que Goni quería que seamos como él, pero que nosotros no queríamos y por eso debía castigarnos.

Muchas familias en El Alto empezaron a renegar cuando se nombraba a ese señor, como si en la ciudad quisiéramos desvincularnos para siempre de él, de su mandato, de sus decisiones, de sus acciones y de tanto «desperdicio».

Los muertos llegaron, se oía la palabra «francotiradores» en los noticieros y, sin saber su significado, yo ya intuía que ellos mataban. Papá a veces salía de casa y mamá lo hacía también. No sabíamos si iban a llegar; teníamos que cocinar sin ellos. Ya no podía acompañar a mi mamá a vender y no podía ir con mi papá a las marchas. Tuve miedo, porque mi papá y mi mamá eran de El Alto, no eran sus hijos del gringo. Muchos murieron ese año y mis hermanas y yo veíamos sus rostros en el televisor. Cuerpos cargados en frazadas eran las imágenes que estábamos acostumbradas a ver, personas con hoyos en el cuerpo y la mirada perdida en el rostro.

No importaba el canal, todos mostraban cómo moría la gente. Eran más de sesenta cuerpos.

La cosa es que al final, después de todo lo que se dijo y que ahora está en las hemerotecas o en las bibliotecas, El Alto ganó y el gringo se fue a Estados Unidos, renunció a la presidencia, el gas no se vendería.

Los familiares de la gente que fue asesinada pedían justicia, las calles de El Alto quedaron destrozadas, los niños volvimos a los colegios. Yo volví al mío, pero creo que nunca nada volvió a ser igual en El Alto. Se sentía una victoria por haberle ganado al Goni, pero al mismo tiempo mucho dolor, impotencia, mucho llanto.

Aquella frase era tan curiosa, la que mi papá nos gritaba cada vez que no valorábamos las cosas: ¿¡Te crees hijo de Goni!? A los ocho años era difícil definir a El Alto y lo que estaba pasando, tenía muy poco vocabulario para poder decir lo que sentía en ese entonces, en el conflicto. Pero lo que sí sentí era que muchos alteños no eran «hijos de Goni» y que luchaban para no serlo.

Ha pasado el tiempo y me pregunto ahora si aún sigue la lucha, si todavía no somos sus hijos. Y si nosotros no somos, entonces, ¿quiénes lo son?

El Huicho

A mi papá no le agradaba el Huicho.

El Huicho fue un conocido personaje de la telenovela mexicana *El premio mayor*; un hombre de la clase trabajadora que se ganó la lotería y se convirtió en una persona rica. Así veía mi papá a mi tío Félix, el esposo de mi tía Valeria (la que en realidad era mi prima, pero mucho mayor que mis hermanas y yo, y por esa brecha de edad es que le decíamos tía). Mi papá le dio el apodo de «Huicho» a mi tío, porque lo consideraba el «millonario» de la zona, pero más que todo porque primero fue un aymara pobre. Fue un apodo de broma, pero luego fue conocido así por la familia de mi papá.

Mi tía, el Huicho y su familia eran nuestros vecinos, vivían detrás de nuestra casa. Ellos fueron de los primeros en construir una vivienda de piso. Nadie se podía dar esos lujos en aquella época tan deplorable, recordada por varias familias de la zona. En el caso de la mía, nuestro gran logro fue construir un baño decente y con puerta.

El Huicho era la envidia de todos los Suñagua, pero más que todo la envidia de mi papá. Félix Condori había conseguido para su familia lo que ningún Suña-

gua había logrado: estabilidad económica, fruto de una muy buena gestión de sus ingresos. Dinero abundante como para comprar autos antes que mis hermanas y yo conociéramos una bicicleta. Eso no hubiera pasado sin la administración de Valeria, mujer robusta de pollera, blanca, brava y muy hábil para las matemáticas y los negocios, una de las mejores negociantes que conozco.

Se preguntarán o quizá no, porque no les importa, pero igual se los cuento: ¿Cómo el Huicho pudo sacarse la «lotería»?

El Huicho, aparte de tener una casa al lado de la mía, tiene otra en la avenida Tiwanaku, famosa por ser zona de comercio diario. Hace como quince años él tenía un negocio de venta de regalos y útiles escolares. En carnavales hacía cambio de mercadería y ahí su negocio primordial era vender productos para la *ch'alla*. Valeria era la que vendía todas esas cosas en el kiosco que también tenían en la avenida, a la par que el tío Félix trabajaba de chofer. Además, el alquiler de las tiendas de la casa igual generaba ganancias. ¿Pero acaso todos esos ingresos le alcanzaban para hacer construir una casa de piso y comprarse autos? Pues no. Aún no les he hablado del negocio mayor: el baño.

Por eso mi papá le tenía envidia. Parece una exageración, pero no entienden lo delicado de la situación. Mi papá entendió que el Huicho sería rico toda su vida. O sea, ¿quién deja de cagar en el mundo? El hombre caga todo el tiempo y necesita un baño. Quizá no necesitemos a todas horas de ingenieros o empleados de fábrica, tal vez podamos prescindir de futbolistas o pe-

riodistas, escritores, profesores, músicos... pero todo el mundo necesita de una taza para cagar cuando está fuera de su hogar. Eso era lo que mi padre odiaba más, que el Huicho tuviera la maldita buena suerte de tener una casa en un lugar comercial y de paso que haya invertido en el negocio perfecto para no morir de hambre toda su vida.

Todo aquello estaba predestinado para mi tío Huicho, ingresos infinitos, a menos que el mundo evolucionase y los humanos lográramos digerir la comida de otra forma que no fuera expulsando heces por el ano; pero no, la tecnología no lograría eso para la complacencia de mi papá.

¡Vivimos de la caca, deberías lamer el suelo donde hay caca, deberías besar el poto de todas las personas!, le dijo una vez el Huicho a su hijo, cuando él, ya cansado del olor a excremento que aguantaba cada noche, se quejaba por ser quien siempre tenía que limpiar los baños antes de terminar la jornada de trabajo. Eso es lo que le contó una vez mi papá a mi hermana, mientras almorzábamos: Sí, muy oportuno, papá, háblanos de eso cuando estamos comiendo.

El Huicho ganaba al día, solo del baño, por lo menos unos quinientos pesos. Me consta porque alguna vez trabajé atendiendo su negocio. La gente salía y entraba a cada rato, había bastante movimiento. Era un boliviano el uso, único precio. Si te rogaban por cincuenta centavos, de mala gana decías que ya, pero no les dabas papel. Mi trabajo era atender el lugar, cobrar y ver que cada letrina estuviera limpia. Bien vas

a limpiar. Nuestro baño siempre está limpio, por eso también viene la gente, me encargaba la tía. El trabajo era tranquilo. Te sentabas, podías estar viendo tu celular, leyendo o cortando el papel higiénico para luego acomodarlo en la mesa para los clientes.

Supongo que el negocio del Huicho fue la motivación para que mi papá dejara la carpintería y se pusiera a estudiar en la Normal, pensando que, como profesor, ganaría lo suficiente y así podría construir una casa decente para mi familia. Pero nada, su sueldo apenas alcanzaba para mantener a todos sus hijos.

Yo creo que un hombre de El Alto no es nada si no es más que su vecino, por eso los adornos coloridos en las bicicletas y minibuses, por eso las fachadas bien llamativas de los nuevos edificios, por eso la línea del pantalón de casimir bien marcada, por eso los aretes de oro, por eso el bailar en la fraternidad más grande, la mejor. Por eso, nada más que por eso, porque no se puede vivir sin decirle a tu vecino: Tu envidia es mi bendición.

¡Miralo al Huicho! ¡No toma!, le regañaba La Adela, mi mamá, a mi papá por las veces en las que se emborrachaba. ¡Mira cómo se viste el Huicho, bonito! ¡Tú eres profesor, ni vestirte bien sabes!, le reprochaba cada vez que se compraba unos deportivos y algunas camisas coloridas. El Huicho, a diferencia de él, era alto y se vestía casi siempre con una camisa bien planchada, un chaleco de lana, un pantalón de tela y unos zapatos bien lustrados y de punta, mientras que papá usaba unos tenis con plataforma grande y con los bordes de sus

pantalones o buzos doblados y cosidos en los botapiés, para no arrastrarlos por su corta estatura. Que el Félix es flaco, que el Félix no se quema su cara, que se peina, que el Félix invierte bien y no compra radios, televisiones o colchones usados. Mi papá no sabía cómo hacer que mi mamá lo dejara de comparar con los éxitos y la personalidad del tío Félix. Incluso le regañaba cuando mi papá le decía «Huicho» al tío. No había forma en que papá pudiera exteriorizar su frustración, ni siquiera burlándose del Huicho, o de sus propios fracasos, como cuando decía que la suerte era racista, porque mi tío Félix era más blancón.

Aparte de que mi tío tuviera tan buena suerte en el dinero, se casó con una mujer muy disciplinada, pues controlaba el consumo de alcohol de mi tío, sabía invertir muy bien su dinero y entendía de negocios. Así que mi papá, cuando tenía la oportunidad, también le echaba en cara a mi mamá que ella no era muy hábil como la tía Valeria o, en pocas palabras, que no sabía invertir. No éramos la familia perfecta. Los hijos del Huicho tenían las mejores bicicletas, podían gozar de un recreo digno, podían comer en una pensión, tenían las mejores mochilas y la mejor ropa. Su hija mayor, la Irma, tenía casi mi edad. A pesar de que estábamos en el mismo grado de curso, ella era más alta que yo y siempre se burlaba de mi estatura. La enana, me llamaba.

Era una constante frustración para mi papá no ser como mi tío y un constante *bullying* por parte de mi prima hacía mí. Aunque, creo que la frustración más grande de papá fue en Carnaval. El Huicho y su familia

fueron los primeros en entrar al negocio de venta de productos de *ch'alla*. Luego mi familia y las hermanas de mi papá decidieron entrar al negocio también, al ver que se ganaba una buena cantidad de dinero. Lo malo era que el Huicho contaba con un puesto fijo y comercial para vender sus productos, mi papá y mis tías no. Así que mis tías salieron a vender a la avenida principal, cerca de mi casa, pero mi papá no quería limitarse, quería demostrar que era un buen negociador y comerciante, y que podría ganar más que el tío Félix. Así que estudió muy bien los lugares más comerciales de la Ceja, el «Centro» de la ciudad de El Alto, para poder vender rápidamente. Se compró uno de esos cochecitos de venta y un día, después de haber recorrido aquel extremo de la ciudad, se fue por la madrugada hacía el mercado de Villa Dolores. Mi papá había notado que en todas las calles del mercado no había vendedores carnavaleros y que los comerciantes debían salir o a la Ceja o caminar varias cuadras hasta la plaza principal, Juana Azurduy, a comprar productos para ch'allar sus puestos, negocios o casas. El mejor puesto es el que ambula hasta llegar a sus clientes, pensaba papá. Así que se estudió todas las divisiones del mercado, para saber sobre los gremios y los determinados días en que ch´allaban.

Cuando llegó al mercado con sus productos encima de su cochecito de dos ruedas, la gente se amontonaba y lo rodeaba por todos lados. Era una «venta loca», nos contó emocionado mi papá cuando llegó a casa el primer día que fue. Las y los comerciantes del lugar le compraban bastante, y es por eso que mi papá le pidió

a mi primo, el Kewin, que lo acompañara al siguiente día. Ambos vendían muy bien y mi papá se jactaba muchas veces de ser un gran vendedor frente a mis hermanas y a mi mamá, más que todo, pero creía que ese modo de jactarse no serviría de mucho si no lo hacía frente al Huicho.

No tardó mucho en encontrarse con el tío Félix. «Casualmente» pasó por su casa, la de la avenida Tiwanaku, mostrando su cochecito vacío de mercadería, cual hombre que hizo muy buena venta. El Huicho, sorprendido, le preguntó la causa de tal éxito. Y mi papá le contó con un aire de superioridad todo el estudio y análisis que había hecho del mercado de Villa Dolores, con la intención de demostrar las destrezas que poseía como vendedor y negociante. Y se despidió, balanceando su cochecito hacía adelante y hacía atrás, con la certeza de que esta vez había triunfado.

Al día siguiente, ya el último del Carnaval, mi papá se despertó temprano. A las cinco de la mañana ya se estaba lavando la cara, se preparaba para desayunar, vestirse y salir a vender. Tomó sus cosas y algunos productos que le faltaban para completar toda la mercadería. Mi mamá preparó el desayuno para mis hermanas y para mí, ya que nosotras también vendíamos, pero al lado de mis tías. Papá llegó a la Ceja y recogió su cochecito de un garaje donde los comerciantes guardan sus productos, se dirigió apresurado a Villa Dolores, cuando en la esquina de la Calle 5, donde él vendía, se encontró un puesto grande con bolsas de confites, unos paquetes enormes de serpentina y un nylon tendido en

el suelo con montañas de globos. Lo poco que mi papá había visto de los vendedores de aquel puesto, por la gran concentración de gente que había, fue una mano contando los billetes que se convertirían en el cambio dado a uno de los clientes. Luego vio un chaleco de lana, una melena bien peinada y unos zapatos de punta. Era que no le diga, se dijo.

Ese día fue uno de los peores para mi papá, no porque no haya vendido nada. De hecho, acabó todos sus productos. Pero lo que a él le molestaba era que el Huicho también había acabado todo. Gracias, Rolo, le dijo mi tío antes de despedirse e irse a su casa de la Tiwanaku, agregando una sonrisa. Aquí he acabado mis confites, si no hubiera sabido la buena venta de aquí, no hubiera acabado, concluyó y se fue mientras sus bolsillos sonaban como panderetas, por las monedas que llevaban. Lo sé porque yo estaba ahí cuando todo eso pasó.

Incluso recuerdo que le llevé su almuerzo por la tarde a mi papá, pero al no encontrarlo y al verlo solo al tío Félix, un poco confundido con tantos clientes a los que atendía, le ayudé a vender. Mi papá, de regreso de no sé dónde, me vio, me llamó con gestos y me regañó por ayudarle. Que le ayuden sus hijos, para eso tiene hijos, me dijo y empezó a desatar el amarro de comida que le había llevado.

Después de eso, no había año en que mi papá no hablara de lo cojudo que se sentía por haberle dicho al Huicho sobre lo de Villa Dolores, ya que desde ese año su familia y él, cada Carnaval, iban a vender ahí.

Pasó el tiempo, y la envidia y el resentimiento que le tenía mi papá al Huicho se hicieron menos notorios, pero tampoco los ocultaba cuando había alguna oportunidad de hablar de él. A pesar de ser profesor, de haber sido mejor comerciante que el Huicho, de habernos comprado bicicletas más bonitas que las de mis primos (aunque usadas), él no se sentía mejor. Ni su casa ni su familia eran tan perfectas como las del Huicho.

Llegó el tiempo en el que la Irma y yo ya éramos unas «señoritas». Ambas continuábamos estudiando en el mismo colegio. Ella creció en estatura, su cuerpo se desarrolló bastante y, bueno, a mí... a mí solo me vino la regla y me crecieron vellitos. Estábamos en secundaria e Irma, cada vez que podía, me miraba con los ojos de abajo para arriba. Tocaba mis rizos, los jalaba y decía de forma irónica: ¡Qué lindos! Claro, ella se burlaba indirectamente por las veces en que me veía con ruleros, por las mañanas, antes de salir a la calle, desde su cuarto en el primer piso.

Era una época en la que Irma y yo explorábamos los mundos a los que nos llevaba la pubertad y la adolescencia para adentrarnos en los primeros besos, las primeras parejas, los primeros gustos, las primeras miradas y coqueteos; sí, por eso me hacía rizos, por coqueta. Así como acrecentaron las diferencias entre mi papá y el tío Félix, también se generó una especie de rivalidad entre la Irma y yo. Envidiaba un poco su vida cómoda. Tenía un cuarto propio y muebles muy lindos, regalos, ropa bonita, zapatos nuevos... y ella era linda. Definitivamente eran la familia perfecta, y yo ya entendía un

poco la incomodidad que sentía mi papá, la presión al compararse con ellos.

Pero resultó que, la mañana de una fecha que no recuerdo, mi familia supo que Irma se había embarazado estando aún en el colegio. Todos nos miramos sorprendidos en casa, al enterarnos por una de mis tías. Era un chisme que podía ser utilizado para echarle directa o indirectamente en cara al Huicho que su familia no era perfecta, que el tío Félix y la tía Valeria eran malos padres, que no pudieron criar bien a su hija o que su dinero no era sinónimo de felicidad plena.

Y eso es justo lo que hizo mi familia.

En fin, esta no es una historia para dar una lección moral a los lectores. Más que todo, los aymaras somos personas en constante miramiento, luchando por ser mejor que el otro, que puede ser el vecino con plata o el «Huicho» del barrio. No, esto no es una serie norteamericana de familias blancas en donde todo termina con una lección de amor y empatía.

Aquí triunfó mi papá. No podía tener la casa, el negocio o la familia perfecta, pero ninguna de sus hijas saldría embarazada tan joven, y no porque él fuera un padre responsable con la educación sexual de nosotras, sino (y simplemente) porque mi papá sabía que mis hermanas y yo no podríamos embarazarnos y ser madres solteras tan jóvenes, debido a la misma pobreza o el fracaso en el que vivíamos, constantemente, «gracias a él».

El mayor regalo que nos había otorgado mi papi era la miseria en la que vivíamos y de la que queríamos salir urgentemente.

Papá sonrió por un momento después de conocer la noticia y miró rápidamente a sus hijas e hizo un gesto amenazador con la intención de lanzarnos una sola advertencia. No permitiría que ninguna de nosotras arruináramos dicho triunfo.

Un fiambre

El fiambre no tiene receta, ya, cierto, pero es básicamente lo que compone un *apthapi*. Antes, su composición dependía del tiempo de cosecha (de lo que se había producido en las familias), pero ahora también depende de lo que hay en casa: si es tiempo de papa, el plato puede tener mucha papa; si se ha comprado haba, entonces haba se le pone; si *ch'uñu* ha sobrado de ayer, se le pone *ch'uñu*; y siempre se le acompaña de alguito como huevo, carne, queso... me acuerdo que antes hasta *k'ispiña* sabían ponerle. El plato puede tener una variedad de elementos, pero se construye con lo que a uno le sobra en los yutes de la cocina o en las ollas, con lo que se nos ha regalado, o con lo que se ha comprado a última hora. En la actualidad, el plato ya más formalizado tiene *ch'uñu*, papa, yuca también, acompañado de queso, huevo duro, asado o tortilla. Incluso fideo más, cosa con lo que estoy de acuerdo. Como dije, no es un plato determinado.

El Día del Niño era otra fecha en la que los adultos no se esforzaban. Creo todavía que la infancia no es una etapa significativa para ellos, debido a que el aporte de un niño en las familias andinas es considerado menor

en comparación al aporte de un adolescente o el de un joven. Total, que no era lo mismo cada doce de abril de cada año, algunos eran menos peores que otros. Ese día yo llevaba en mi mochila un atado improvisado con una servilleta medio amarillenta. La Adela, mi mamá, me lo había envuelto un fiambre para el *apthapi* de mi curso por el Día del Niño.

Llegué al colegio justo cuando el regente tocó la campana oxidada de metal. Todos nos pusimos a formar para la hora cívica. Hubo algunas danzas que los profesores hacían como el *Awki Awki*, que siempre nos sacaba una sonrisa cuando ellos, disfrazados como viejitos, se ponían a bailar cumbia o tecno. Luego, la típica poesía dedicada a los niños pobres, para que más de uno se sienta aludido. Después, por falta de presupuesto, recuerdo que delegaron a un profesor la tarea de pintarse la nariz y ponerse peluca para contar chistes muy malos. Luego todos nos dirigimos a nuestras aulas, algunos con los chupetes o pipocas de veinte centavos que nos habíamos ganado haciendo las payasadas que los adultos nos pidieron.

La profe Fanny nos dijo que sacáramos lo que habíamos traído de fiambre. Algunos de mis compañeros llevaron pollo al horno, chuletas con arroz, ají de fideo, ensalada rusa en abundancia con carne de cerdo... y hasta algunas mamás trajeron en ollas graaaandes papa, *ch'uñu* y *tunta*. Solo unos cuantos habíamos llevado poquitito.

Los *awayu*, para vaciar los fiambres en el *apthapi*, se extendieron por las mesas aglomeradas en fila y cada quien ponía lo que tenía. Yo saqué mi atadito, me daba

vergüenza porque la servilleta estaba medio sucia. Al abrirlo, lento, tímidamente, unos chuñitos rodaron hasta el piso, los levanté, los limpié con mi manga y los puse en el atado: eran como quince chuñitos acompañados de un huevo frito muy aceitoso que manchó la servilleta, mis cuadernos y mi mochila. La niña que se puso a mi lado trajo tortilla de verdura con fideo y papa, me acuerdo porque ya le estaba echando el ojo a su fiambre. En mi casa no teníamos dinero para comprar carne, así que la Adela había alistado el atadito con lo que había sobrado de la cena. El huevo lo compró tempranito de la tienda de la esquina y yo le había ayudado a freírlo.

Al ver los fiambres de los demás, me sentí muy mal. Esperé a que todos se distrajeran para poner con precaución mi atadito en el *apthapi* y alejarme corriendo.

Muchas fechas cívicas las festejábamos con *apthapi*. Era el momento más esperado por mis compañeros, algo así como la piñata lo es hoy en los festejos a los niños y niñas en los colegios. Cuando la profesora daba las palabras de conmemoración a la fecha, antes de comer, los demás esperábamos alrededor del a*pthapi*, atentos, apenas disimulábamos los empujones, los pies listos para adelantarse a los demás y una mano sosteniendo el plato vacío o la tapa de olla o la bolsa negra, y la otra mano dispuesta a agarrar todo lo que se pueda con cinco dedos.

La profe terminó su discurso con un «Ahora sí, nos serviremos», y eso representaba un «En sus marcas, listos, ¡fuera!». Todos nos lanzamos encima soñando ser los primeros en llevarnos las porciones más grandes de carnes,

huevos o queso; era lo que siempre se acababa rápido. Yo corrí directamente donde estaban las tortillas de la niña esa, agarré unas cuantas, también unos huevos duros, pollo frito y una chuleta de cerdo (el ultimito), unos postres, unas papas bien harinosas, un poco de ensalada rusa... agarré todo lo que pude, a veces sin ver, porque los adultos me tapaban y mi pequeña mano, que sobresalía entre todas esas panzas, tomaba lo que tocaba primero. Lo bueno es que, por mi tamaño, era fácil escabullirse por entre los demás niños y adultos para acercarse a la mesa. Todo lo guardaba en mi bolsa nylon negra; la Adela siempre me mandaba con una a los cumpleaños o a un *apthapi* y yo, sin que ella diga nada, sabía que la bolsa era para que lleve a la casa comida y así servirnos entre todos.

Poco a poco se vaciaba la mesa. Los que ya tenían lo suficiente para comer se retiraban a un costado. Otros volvían a la mesa por una papa, por *llaxwa* o porque, mientras comían, estaban chequeando si todavía sobraba algo rico. Otros, la mayoría, agarraban sus ollas, sus platos o sus servilletas, se despedían de todos y se iban. Yo hice lo mismo, fui a buscar mi servilleta y vi que sobraron como ocho chuñitos, pero mi huevo se lo habían comido. Es que siempre en un *apthapi* sobra papa, *ch'uñu* o *tunta*, lo demás se lo cascan. Mi bolsa negra estaba con harta comida, mis chuñitos más los vacié ahí y guardé el trapo. Vi que toda la comida estaba mezclada y revuelta. ¡Qué importa!, pensé, igual nomás se come.

Cargué mi mochila y, de lo pesada que estaba, sentí que me iría de espalda al piso. Me encontré con mis hermanas en la salida. Nos felicitamos por haber llenado las

bolsas que la mamá nos dio. Calculamos cuántas carnes estábamos llevando cada una para ver si alcanzaba para todos los de la familia y comentamos qué era lo más rico que había en el *apthapi* de cada curso, así nos fuimos charlando a la casa.

La Adela estaba feliz cuando vio que mi atado llegó grande. Sacó todo; separó la comida por categorías, entre carnes, arroces, fideos, papa y otros; calentó todo y ese día comimos como si, en vez de Día del Niño, fuese Día del *Apthapi*. La Adela nos sirvió hasta un segundo plato. Recuerdo que esos mis chuñitos discriminados en el *apthapi* terminaron en mi plato. Hoy pienso que aun así, todo el *ch'uñu* que llevé fue el medio por el cual pude ser parte del *apthapi*.

Cada vez que llevaba poco a un *apthapi* y me iba con mucho, me sentía mal, pero era una sensación que poco después desaparecía en casa, porque mi mamá siempre se alegraba, ya que había mucha comida que difícilmente podíamos pagar. Es que no hay receta cuando se trata de preparar tu fiambre y, menos mal, no hay reglas cuando los dejas en el *apthapi*; no hay asco cuando usas tus manos para levantar aquello que puede ser lo único que comas en el día; no hay rostros, una vez puesto el fiambre encima del *awayu* o, quizá sí, los hay, pero se convierten en sabores y aromas. De ese *apthapi* puedes recibir de los demás, puedes dar algo tuyo también y llevarte más de lo que diste. Yo lo hice con tal de poder ver comer así a mi papá y a mi mamá.

Pienso que por eso los alteños y alteñas no necesitan tener mucho para recibir más de esta ciudad. Es que no

hay receta para ser como somos, no estamos determinados, somos lo que somos y ya, para luego con todo nuestro ser (desde fideo con tortilla, desde un pollo frito, hasta huevo con *ch'uñu*) pasar a formar parte de un *apthapi*, de algo más grande, en donde nos compartimos y nos alimentamos de los aromas y sabores que nos regalan los demás y donde vamos y volvemos, recogiendo y dejando. Lo importante es volver al atado, ver cómo iniciamos, ver lo que le hemos dejado a los demás y lo que nos hemos llevado. Y quizá sí pues, eso es el alteño: un plato sin receta, uno que se construye desde lo que hay en casa, desde lo que se cosecha, dependiendo la temporada.

El arte del khamaneo

El Filomeno, mi papá, siempre decía: Para todo hay que ser pendejos (astutos). De mi papá aprendí que en la vida o vendes o compras, y en mi familia siempre fuimos los que aprovechábamos cualquier fecha conmemorativa o evento social para vender. Desde mi abuela, hasta la más *wawa* en la familia, ya tenías que saber las estrategias para khamanear, palabra en aymarañol que significa «hacer una buena venta» o «ganar bien», según mi papá.

Yo sí puedo decir que gran parte de mi vida la he dedicado al comercio informal. Empecé desde muy pequeña, recorriendo casa por casa para vender, a cincuenta centavos, las paltas que llevaba en una pequeña canasta de paja. Me pasé toda la adolescencia vendiendo revistas de manualidades en el mercado de Ciudad Satélite y muchas veces recorrí ferias de El Alto como comerciante ambulante.

En toda mi existencia nunca vi que mi familia haya pasado alguna festividad en casa. Siempre lo hacíamos afuera, sentados en el áspero y frío cemento de las calles de la Ceja o empujando un cochecito con mercadería por el mercado de Villa Dolores, desde Año

Nuevo hasta Carnaval. El comercio nos unía más que una celebración con panetón, picana o fricasé en una mesa.

Recuerdo cuando mi papá y yo nos dimos un abrazo de ¡Feliz Año Nuevo! Sucedió el 2014, cuando los fuegos artificiales que se dibujaban en el cielo y los semáforos con la luz amarilla parpadeante eran los que anunciaban la llegada del año, ahora viejo, en la avenida 6 de Marzo. Después de abrazarnos, seguíamos ofreciendo o esperando acabar los más de cincuenta cohetillos que nos faltaba vender.

En mi casa tenías que saber khamanear o no eras digno de la familia.

El evento que más se aprovechaba era el Carnaval, porque es casi una semana de celebración, o sea, más oportunidad para vender mercadería y obtener mayor ganancia. Los buenos comerciantes saben que el Carnaval es todo un movimiento económico local y extranjero: serpentinas bolivianas o peruanas, espumas brasileñas, pirotecnia china… Es una fecha que la seguimos aprovechando para vender, a pesar de que ahora hay mucha competencia. Cada año, en mi familia, nos distribuimos los puestos. Mi papá y yo lo hacíamos en el mercado de Villa Dolores. Del tiempo compartido con él es que aprendí sobre el khamaneo.

Mi papá decía que para hacer una buena venta se debe gritar fuerte al ir ofreciendo los productos: Si no gritas, no existes; si no ofreces, no existes. Estás en el océano de los comerciantes, ¿cómo podrías hacerte notar?

Antes, en El Alto, las voces de los comerciantes sonaban en cada cuadra, ofreciéndote desde papel higiénico, hasta sopitas de fideo. O sea, era la voz la mejor herramienta del comerciante. Ahora ya no tanto, solo escuchas altavoces con audios grabados, muy parecidos a los doblajes de películas con acento español o con la voz de computadora: Lléveze, lléveze, cazero, productoz a zinco bolivianitoz, paze, paze, ezcoja… Una voz lineal y sin alma.

Tenías que competir gritando, y yo siempre ganaba en ese aspecto. Mi papá me enseñó muy bien cómo gritar y qué decir. A mí me gustaba hacerlo al ambular por los mercados, porque además se le podía dar un toquecito personal: ¡Ahí tiene petarrrrrrdos, caserrra! Cohetillos, globos Bombucha. Llévese, caserrrrrro. ¡Llévese caserrrrrra!

No solo eso, el buen khamaneador tiene que saber muy bien el arte de los números. Puedo alardear que, gracias al comercio, siempre fui muy aplicada en matemática. Y es que en el negocio no puedes estar hueveando ni perdiendo tiempo haciendo sumas y restas en un papelito o con la ayuda de los dedos, tienes que ser jodidamente rápida, más cuando tienes a varias personas esperando su cambio. Cuando te dicen, por ejemplo: Deme dos cohetillos, más una serpentina familiar, dos libras de confite, dos docenas de globos grandes, un alcohol de un litro y un vino blanco. ¿Cuánto es? Para el buen khamaneador tiene que ser fácil realizar operaciones aritméticas en su cabeza: Son cuarenta y cuatro con cincuenta centavos. Si te dan billete y debes dar

cambio, hay que actuar mucho más rápido: ¡Ucha! no tengo suelto, puede darme diez bolivianos, yo le doy tres billetes de veinte, con cinco cincuenta y ya, sería cabal.

El Filomeno, mi papá, siempre decía que al cliente hay que charlarle, hasta tienes que invitarle a probar tu producto y mejor si lo haces reír y, debo admitirlo, mi papá es un capo para eso: Su confite no está pasado, ¿no?, preguntaban casi siempre, ya que algunos confites llegan pasados de fecha y se vuelven duros. Pero ¿cómo pues, casera?, respondía él. A ver, mordele unito, clarito va a ser si tu diente se rompe, y los clientes se reían. Debido a eso es que siempre me forcé a desarrollar un sentido del humor muy amplio, desde lo vulgar, hasta lo más fino.

¿Y la serpentina familiar por qué es tan cara?

Porque alcanza para ch'allarle a toda la familia: a su esposa, a su hijo, a su hija, al abuelo, a la abuela, al tío, a la tía, al perro, al gato… y hasta a la amante. ¡Yiiiiiiaaaaaa!

Eso, en su mayoría, causaba risas y una alta venta de serpentinas familiares. Debo aclarar: se debe saber usar bien el humor, no le puedes decir eso a un sacerdote que quiere comprarte algo para la *ch'alla* de la parroquia, para él hay otro tipo de chistes (sobre si el vino de *ch'alla* puede ser considerado la sangre de Cristo, por ejemplo).

Puedes regatear para vender más, pero no abuses. De mi papá aprendí que es preferible no rebajarle al casero, hasta que él te lo pida. Se debe usar el regateo solo lo necesario. Si el casero está indeciso, pero parece que

tiene una tendencia mayor a querer comprar… Ahhh... ahí sí. Aunque mi papá también decía que es mejor la yapa al regateo, porque es más fácil reducir la pérdida, pero hay que hacerlo estratégicamente: si te piden la rebaja de dos pesos por todo lo vendido, puedes compensarlo con regalarle seis globos que cuestan un peso en total. Parece una gran yapa a la vista del casero, pero no, eso es lo que tienes que hacerle creer para que no se sienta mal.

Hay que saber leer a los caseros. Al principio, mi papá pensaba que solo el *q'ara* tenía plata y por eso es que se les debía dar los productos a su precio normal o más caro (como forma de justicia social por nuestros antepasados aymaras). Luego nos dimos cuenta que no. Si se trata de carnavales, no hay diferencia de piel, sino de ocupación o tenencia. Los que gastan más dinero en la *ch'alla* son los comerciantes, los que tienen terrenos, negocios o puestos grandes, pero hay que saber leerlos bien. Si de primera te pide el producto sin preguntar el precio, es que le vale un pepino gastar dinero a lo loco, entonces le das al precio normal, sin regateo. La ropa también dice mucho, pero en El Alto hasta el más burgués se viste con harapos. Aprendí muchas estrategias de mi papá para leer a los caseros, pero me extendería, así que ahí nomás.

Tienes que conocer el lugar en donde estás vendiendo. En Carnaval, mi papá y yo rondábamos con nuestros cochecitos, generalmente por el mercado de Villa Dolores. Todos los vendedores de productos de Carnaval siempre se aglomeraban en la Calle 5 y la Calle

6, pero mi papá conocía tan bien el mercado que sabía que el sábado y el viernes se ch'allaba en las calles 8, 9 y 10. Mientras todos estaban en la 5 y 6, yo me iba a esas calles y siempre khamaneaba, porque los demás vendedores no sabían que en Villa Dolores se festeja cada sector en diferentes días. El domingo no hay *ch'alla* en Villa Dolores, así que nos íbamos a la feria 16 de Julio. Mi papá siempre me llevaba a lugares donde no había muchos comerciantes de productos de Carnaval. Ahí se vendía muy bien.

Él siempre tuvo ese olfato de comerciante. De hecho, fue uno de los primeros en vender cohetillos, serpentinas y demás productos en Villa Dolores, hace más de diez años. Actualmente debe haber más de cincuenta comerciantes en todo el mercado.

Decir papito o mamita a los caseros y caseras, mostrando amabilidad, funciona, pero es mejor cuando le dices jefe o jefa: Llevate pues, jefe, bien es. De mi papá aprendí que el buen khamaneador tiene que ser muy amable. Siempre hay que tratar al cliente como rey… Bueno, no siempre. No hay que dejar que «se aprovechen de tu nobleza», como dice él.

Hay muchas estrategias para khamanear, todas las que sé, las aprendí de mi papá: Si vas a vender en la lluvia, no tapes tus productos con cualquier cosa, compra un nylon bien transparente y limpio, tus productos deben seguir siendo visibles. Eso es mucho muy importante.

Hace unos años decidí dejar de vender en Carnaval y en algunas fechas festivas porque ya estaba cansada de

eso. Quería divertirme, pasarla de otra forma. Como le decía a mi mamá, la Adela: Yo no conozco qué es Carnaval, desde niña he vendido, quiero conocer.

Pero cómo se puede divertir una cuando no sabe más que vender. Una vez, mientras todos vendían, me fui a ver cómo festejaban el Carnaval por La Paz y El Alto. Veía a los jóvenes disparándose espuma, a los niños con sus pistolas de agua, a los bailarines colocarse serpentinas en los cuellos y solo pensaba: Si hubiera traído un paquete de serpentinas pequeñas aquí, las hubiera acabado y hubiera ganado cien pesos en un rato... Toda mi concentración se dirigía a los comerciantes. Incluso preguntaba: ¿A cuánto has agarrado esta tu espuma? Ya no aguantaba.

Decidí volver a Villa Dolores, ya extrañaba gritar. ¡Llévese, caserrro, caserrrrra! Necesitaba dar vueltas con mi coche por los rieles del mercado, contar y recontar nuevamente el dinero para sentirme orgullosa de haber vendido tanto, alzarme *pasank'alla* de uno y otro *awayu* que las comerciantes tendían en el piso cuando ch'allaban sus puestos, ayudarle a mi papá cuando se confundía con el cambio, agarrar una que otra espuma del cochecito para molestar a algunos changos y músicos que me mojaban y no respetaban mi hora de trabajo.

Cuando volví al mercado para ayudar a mi papá, ya era tarde... Ya alguien ocupaba mi lugar. Era mi hermana menor, apoyándose en mi viejo cochecito azul con el que ambulaba. Me recordaba mucho a mí, porque la veía ahí ofreciendo los cohetillos, bromeando con los

caseros, embolsando los globos, guardando el dinero en su pequeña cartera, parecida a la mía, riendo con mi papá... No pude evitar sentirme triste y también feliz. Ella ocupaba el lugar que algún día ocupé yo. Ella aprendería de mi papá la mejor lección que aprendí y que no se traduce solo en el comercio, porque también es el arte que involucra sobrevivir: el khamaneo.

La ratera

El Juanito era mi tío. Murió más o menos a los veinticinco años. Toda mi familia decía que era ratero, flojo y mentiroso, todo un mal ejemplo para la generación de mis hermanas y yo. ¿Se acuerdan del Zambo Salvito? Era también un ladrón y se usaba su imagen para asustar a otros niños si es que robaban algo: ¡No se roba, no se miente! ¿Quieres ser como el Zambo Salvito?

Pues en mi casa se usaba al Juanito: ¿Quieres ser como el Juanito?, me decía mi papá cada vez que le mentía yo o lo hacía alguno de mis hermanos.

Los deportivos de mis hermanas siempre me quedaban grandes, así que tenía que coserles las mangas y ajustarlos. En mi familia nos heredábamos la ropa. Como tenía solo hermanas en casa, porque mis hermanos se fueron al cuartel o a trabajar a otros lugares, heredaba los guardapolvos, los zapatos y hasta las mochilas. En mi casa no había dinero ni para comprar cuadernos, así que debíamos reutilizar los viejos que aún tenían hojas.

Me acuerdo que, en una clase de Técnica Vocacional, estado en cuarto o quinto de primaria, teníamos que hacer un queque de plátano. Los ingredientes con-

sistían en huevos, harina, leche y otras cosas. Hicimos grupos de cinco y decidimos sortear los ingredientes para que cada uno trajera algo. A mí me tocó llevar un litro de leche y llevar el molde.

¡Suerte que no me tocó llevar la batidora manual!, Me alegré porque un año antes le pedí eso a mi mamá y me mandó un tenedor, y mi grupo se enojó conmigo. Es lo mismo, hasta con una cuchara se puede batir huevo, se excusaba ella. Tampoco tenía un molde, pero mi mamá tenía una tapa de olla muy honda. Eso ayudará, pensé.

Al siguiente día le pedí dinero para la leche. Ella me dijo que no me daría y que llevara el poco azúcar que quedaba en el frasco. Insistí todo el día, pero ella se negó. Un día antes de la clase de Técnica Vocacional me encontraba preocupada, mis amigas se enojarían y la profesora me regañaría por no llevar la leche. Es que en mi casa no tomábamos ni leche, ese era un lujo que solo los dioses de los lácteos podrían permitirle a mi familia.

Bueno, la cosa es que necesitaba dinero para la leche y que costaba cinco pesos el litro. Mi mamá me daba veinte centavos como recreo y a veces ni eso, así que al Diablo. No me alcanzaba ni para el yogurt. Justo ese día, antes de ir al colegio, mi mamá alistó una bolsa pequeña de azúcar. Eso nomás tengo vas a decir, aclaró. Mi hermana mayor se levantó, salió del cuarto y se dirigió a la cocina. Cuando la observé, se veía un opaco pedazo de papel color azul que sobresalía del bolsillo de su chamarra. ¿Era un Cecilio Guzmán guiñándome un ojo? Mi hermana se paró a hablar con mi mamá y

yo solo podía ver el billete. Ya faltaba poco para ir a la escuela y yo me sentía preocupada por la leche.

Debía pensar qué hacer y ¡pum! No sé qué pasó en mi mente cuando hice lo que hice. Solo lo tomé y ya. Sí, así de fácil. Al despedirme de mi mamá fui directo a la puerta de la cocina y, cuando mi hermana se distrajo, jalé la punta del billete y, zas, ya estaba en mis manos. Caminé rápido, pensé que se habían dado cuenta. Esperaba escuchar a mi mamá gritar mi nombre: ¡Mari! Pero nadie dijo nada. Seguí caminando rápido, hasta llegar a la calle. Lo había hecho, había robado. No sentí nada al respecto, nada más que alegría porque al fin compraría la leche.

En fin, en el colegio el queque nos salió muy rico. Tenía cinco pesos del cambio. Así que decidí guardarlo hasta ver cómo conseguir los otros cinco pesos para completar el billete y meterlo al bolsillo de mi hermana cuando ella estuviera distraída. Si es que ese día se daba cuenta de que le faltaba dinero, yo lo negaría todo y, de repente, ¡milagro!, el billete aparecería y todos felices.

Sin embargo, en el recreo todos estaban limpiando las mesas de harina y otras cosas. La Maribel, mi amiga, me dijo que vayamos al recreo a comprar lo que siempre comprábamos: chupetes de veinte centavos. Pero a mi mamá se le había olvidado darme recreo, ¿o se me había olvidado a mí pedírselo mientras de forma infraganti hurtaba el bien monetario de mi hermana? Lo que sea, pero no tenía dinero. Así que la acompañé.

Ya en el puesto de la portera, no sé cómo, pero me entró la curiosidad. Siempre quise probar las so-

pitas con silpancho que vendían a cincuenta centavos. Nunca las había probado y estaba solo a unos centavos de comer eso que para mí parecía un manjar.

Bueno, pensé, quizá si gasto para una sopita luego encontraría cómo conseguir más dinero. En esa época estaban de moda las sopitas con salchicha o silpancho. Me pedí una, le puse un tanto de *llaxwa* y, ¡Jesucristo santo!, era el elixir de los estudiantes de primaria. Sabrosísimo. Jamás experimenté tanto placer. Semejante manjar. No me acuerdo cuántas pedí, pero ya no tenía ni para el chicle. Incluso le invité un plato a mi amiga, quien tampoco tenía mucho dinero.

Al llegar a casa me sentía toda una maleante expresidiaria. Sentí como si alguien me hubiera cargado una cadena con mucho peso, como si no pudiera poner la espalda derecha ni mirar al frente. No como cada tarde, cuando al llegar saludaba en casa: ¡Mami! ¡Papi!

Solté un poco los brazos, los sacudí y golpeé la puerta con las uñas de mis dedos lentos esta vez para tamborilear. Mi mamá, directamente, abrió y me preguntó si no había visto diez pesos tirados por la casa. Estaba impactada. No podía responder, como si mi lengua hubiese quedado atrapada en mi boca o como si mis dientes se hubieran paralizado impidiendo que de mí salga una palabra. Sacudí la cabeza nada más. ¡Jura por Dios!, me dijo mi mamá. ¡Qué! Eso sí que no lo esperaba, en toda mi infancia adoctrinada por la religión católica había entendido que jurar en vano era muy malo y que si lo hacía sería castigada cruelmente al morir. Satanás me daría de látigos mientras mi rostro se derretía por

el asfixiante calor del Infierno. Esas animaciones en 3D de los canales cristianos en serio me habían traumado. Trataba de pensar: ¿Cómo jurar en vano? Mis manos estaban cubiertas por las mangas largas (la chompa que llevaba puesta era de mi hermana mayor y me quedaba siempre grande), dentro de las mangas, mi índice y el dedo medio se cruzaron; esa acción es como un comodín, te permite jurar sin que el Diablo te atormente para llevarte al infierno. ¡Lo juro por Diosito!, dije. ¡Muestrame tus manos!, grito mamá. Las saqué y cerrando los ojos, pensando que de esa forma Diosito no me vería (inocencia, dulce inocencia), exclamé como si estuviera en el cuartel: ¡¡¡Juro por Diositoooooo!!! Al abrirlos, mi mamá ya se había alejado directo a la cocina.

Luego mi hermana mayor salió con su uniforme de colegio. Tenía la cara roja y los ojos hinchados, supuse que había llorado porque se le había «perdido» el dinero. ¡Está bien! Tengo que conseguir la plata, pensé, como si al decirlo todo se solucionaría. Traje queque, dije y le di la porción que me tocó a mi mamá. Ya estoy yendo, dijo la Zulma, mi hermana que se marchó sin ánimo. Ella trabajaba haciendo llamadas por cobrar y lo que ganaba lo destinaba al colegio. ¡Qué había hecho! Me sentía tan mal. ¿Qué ha pasado?, pregunté a mamá. Su plata de la Zulma se ha perdido, dijo. Talvez lo ha hecho caer en la calle, quise hacer plática. Dice que estaba en su bolsillo. Ya no respondí y fui a cambiarme.

Por la noche mi papá se enteró y pegó el grito al cielo. ¡Pero en esta casa no se tiene que perder nada, ni una aguja!, nos gritaba a mis hermanas y a mí. No se

lo habrán robado, ¿no? ¡Carajo, pelagatos!, nos miraba desafiante. No, papi, le dijimos mi hermana pequeña y yo. ¡Carajo, su hermana trabaja pues! ¡Cómo así le van a hacer! ¿Has buscado bien, chica?, se dirigía a la Zulma. ¡Sí, papi!, dijo ella y apenas se le entendía, lloraba y hablaba como si estuviera mascando algo, balbuceaba y lloraba nuevamente. ¡Carajo, sus manos les voy a cortar si no aparece esa plata!, gritaba mi papá. Dormí muy mal esa noche, la consciencia se ocultaba en mi almohada y me hablaba muy bajito: ¡Cómo vas a ser así!

Y así empezó todo. Quizá se digan: Pero pagar diez pesos no es muy difícil. Claro, pero para una niña de una familia que comía arroz con huevo, porque no había qué comer, pues no era tan fácil. Lo que hice luego fue lo peor. Quizá se hubiera arreglado todo si hubiera dicho la verdad y explicado todo, o si hubiera huido de casa, con mi perro, para buscar trabajo en Santa Cruz. Sí, era muy exagerada desde pequeña.

Bueno, la cuestión es que necesitaba devolver el dinero y pensé que quizá lo conseguiría hurtándolo de otra persona que no se diera cuenta o que al menos no le sea tan urgente tener el dinero, hasta que lo reponga.

Toda mi familia dormía en un cuarto. Había dos camas. En una dormían mis papás junto con mi hermana menor, y en la otra dormía yo con mi hermana mayor, hacinadas como calcetines en el cajón. Bueno, mi hermano dormía de forma improvisada enla sala, porque había vuelto recién del cuartel. Una noche vi que mi mamá esperaba a que todos durmiéramos para guardar el dinero de sus ventas (era comidera) debajo

del colchón. Tomé el dinero días después. Pensé que diez pesos eran suficientes, pero no tomé diez pesos solamente, tomé once pesos. Puse diez pesos en el bolsillo de mi hermana (escogí un billete lo más parecido al que había robado) y tomé un peso para cualquier emergencia en el colegio. Mi hermana se puso feliz, sospechó un poco por la aparición del dinero, pero luego lo olvidó y ese mismo día yo me compré unas sopitas de cincuenta centavos. Sí, esa era mi emergencia.

Así pasaron los días, los meses, un año. Cada dinero que se perdía, dinero que reponía robando. Era experta en sacar dinero de los chanchitos, era experta en sacar dinero de la «caja fuerte» de mis papás (porque por tanta pérdida de dinero de forma sospechosa, mi papá, con sus habilidades de carpintero, hizo una). Era experta en sacar dinero del mandil de mamá. Solo cortaba un pedazo del mandil y ella pensaba que le habían robado en la calle, sabía exactamente qué corte hacer para que sea verosímil. Sí, lo sé, era un asco. Al final se hizo un hábito.

Una vez que fui a la Ceja con mi mamá, robé dulces de una casera, cuando ella se distrajo. Mis amigas traían Barbies al colegio y, como yo no tenía, me robé una muy pequeña de una señora que vendía juguetes. Varias veces juntaba dinero revisando los bolsillos de las chamarras de mi papá hasta encontrar las monedas que él olvidaba sacar, y otras las obtenía de mis amigas cuando se distraían en el recreo.

Recuerdo que una vez mi papá le hizo un cajón en el ropero a mi mamá, con chapa y todo, para que no

perdiera más dinero. Mi mamá separaba su plata en bolsas nylon y lo guardaba. Pero nada era impedimento para mí. Primero estudié bien el cajón. El único lugar por donde algo posiblemente entraba y salía era por la delgada ranura. Conseguí un alambre delgado, la punta la doblé en curva y le pegué una aguja con yúrex. El alambre entraba, pero se atoraba al ingresar. Así que metí un cuchillo en la ranura y pude ampliarla más inclinando el cajón hacia abajo. El alambre ingresaba bien. En cuanto oía que había tocado una bolsa, jalaba lentamente hasta que un pedazo de ella saliera de la ranura. Inclinaba un poco más el cuchillo y jalaba la bolsa hasta que pudiera ver un pedazo de billete o moneda. A veces era exitosa esa maña, otras veces se atoraba la bolsa al sacarla, porque los billetes eran muchos y no podían salir todos. Era el mejor truco, bastaba ver una punta del billete para jalarlo. Al terminar, metía la bolsa al cajón, aplastándolo con el cuchillo y listo. A veces sacaba billetes de diez y otras de veinte. Mi mamá siempre decía que faltaba dinero, que seguro había contado mal y volvía a contar. A veces creía que lo había gastado en algo y asimilaba la pérdida sin quejarse.

En fin, había pasado alrededor de un año, tiempo en el que generé, gracias a mi «oficio», un déficit monetario en los bolsillos de mis padres, hermanas y amigas. Cada que se perdía dinero en la casa, mis papás nos pedían en los interrogatorios a mis hermanas y a mí que jurásemos por Dios que no habíamos robado. Como si este imperativo religioso golpeara en la conciencia de nosotras para al fin no jurar y decir:

¡Yo lo robé! Obviamente, mis hermanas jurarían sin el menor remordimiento, porque eran inocentes y... yo también… bueno, no era inocente, pero yo juraría sin remordimiento porque ya no pesaba ninguna culpa en mí. Solo tenía que ponerme seria mientras lo hacía y después un poco preocupada, para que no sospecharan y listo, el interrogatorio acabaría con un caso más sin resolver y con una sopita de silpancho o de salchicha en mi estómago.

Pronto empecé a robar en los puestos de dulces del colegio. A veces robaba algunos pintauñas para regalárselos a mi hermana mayor en su cumpleaños… Comencé a convertirme en una criminal y no me preocupaba.

Hubo una noche en la que realicé el robo más fácil de todos. Estaba en la cocina lavando y justo mi hermana me llamó para que lleve unos platos sucios que estaban en el cuarto. Los platos estaban en la cómoda e iba recogiéndolos mientras la Zulma hacía su tarea al otro extremo del cuarto. Cuando terminé de recoger, vi que de uno de los pantalones negros de mi hermana sobresalía la punta de un billete de diez pesos. Sería tan fácil como robarle un dulce a un niño (como al Wilson, que era mi compañero, le pude sacar un dulce de su guardapolvo sin que se diera cuenta). Verifiqué que mi hermana no me veía. Ella estaba de espaldas haciendo su tarea, así que era imposible que se diera cuenta y muy rápidamente lo tomé. Así de fácil y sencillo. Lo tomé y me fui con los platos a la cocina.

Pasaron unos minutos de lo sucedido. Mi hermana me llamó al cuarto, estaba cómodamente sentada en la

cama, sacó por detrás de su espalda el pantalón negro y me preguntó: ¿Dónde están los diez pesos? Esa pregunta hizo que recorriera por mi cuerpo una corriente fría ¿Cuáles diez pesos?, le pregunté con una mirada que no reflejaba ninguna preocupación, como si nada. Jurá por Dios que tú no te robaste esos diez pesos, me ordenó. Y nuevamente juré mostrándoles mis manos con los dedos separados unos de los otros: Lo juro. Te vi sacar diez pesos de mi cajón. Los puse a propósito para ver si los tomabas y fingí que hacía mi tarea, pero vi cuando los tomaste. Y en mi espalda hubo como una sensación rara, como si miles de arañitas caminaran por mi piel y luego un calor intenso en mis mejillas. Y juras por Dios como si nada. ¡Sabes que te vas a ir al Infierno si haces eso! Era una trampa y había caído con la inocencia de un ratón yendo a comer queso en la ratonera donde moriría con el cuello aplastado o con las patas mutiladas. ¡Te voy a cortar las manos, carajo!, gritaba mi padre mientras yo bajaba la cabeza. Mi tía presenciaba todo, la Felicia, la típica tía metiche a la que llamaban cada que había un problema en casa, como si sus consejos fueran la respuesta salomónica al martirio familiar que constantemente vivíamos. Yo la odiaba más que a nada en el mundo.

Mamá había viajado a Sucre a vender revistas, ese año dejó de ser comidera. Al menos ella me defendería, diría algo, lo justificaría, y yo con su presencia no me sentiría tan pequeña y miserable, como cada vez que mi tía me miraba seria, desde lo alto (como aparecen en las películas los malos, mirando a su víctima en un plano

en picado), orgullosa porque, «menos mal», sus hijas jamás serían como yo.

¡Carajo! ¡¿Quieres ser cómo el Juanito?! Mi papá gritaba mientras con el cinturón aplastaba mi ropa y dañaba a mi cuerpo, dejando marcas en mis manos, ambas que trataban de impedir que el chicote impacte en mi cara ¡Ya, papi, ya no me pegues, por favor! Al gritar solo lloraba y se perdían mis gemidos en la voz ronca de mi papá, también a punto de llorar. ¡¿Quieres ser cómo el Juanito?!, largaba una aguda voz que él odiaba porque lo hacía sentir tan vulnerable, el chillido que ajustaba al tragar saliva para que su voz pareciera firme. Y me ponía a pensar en ese instante en el Juanito. Así debió sentirse cuando lo pillaron y luego fue linchado por una multitud de gente. No, no se siente mucho dolor cuando te golpean con un chicote, al menos en ese instante sentí más vergüenza. ¡Yo no te he criado así! ¡Al Juanito lo han matado por ratero! ¡¿Así quieres morir?!... ¡Sí!, contesté sin haber pensado mi respuesta, con tal de no sentirme tan mediocre en ese instante. Hubiera gritado lo que fuese para desafiar a papá, como si de eso dependiera la poca dignidad que me quedaba mientras era chicoteada por él, delante de mi hermana, de mi tía y de mi hermano, el único que no hizo más que reflejar lástima por mí. Me dio un chicotazo más: ¡Malcriada! Y se fue a la sala, ya cansado. Me dirigí corriendo a la cocina y cerré la puerta conmigo adentro, estaba llorando, me daba tanta vergüenza ser yo.

Deambulé por la carretera a Viacha, esperando que, de forma milagrosa, un minibús se detuviera y bajara

mi mamá. ¡Ayudame pues!, me gritaría, y yo bajaría sus bultos torpemente, como siempre. Nos iríamos a casa, al llegar allí quizá mi papá me miraría de nuevo furioso, con el chicote, listo para pegarme en el poto pelado, pero mi mamá lo detendría. Ella esperaría hasta entenderlo todo. Yo le explicaría, le contaría, le diría que nunca más y sus palabras calmarían la situación.

Había caminado por treinta minutos. Escapaba de mi casa. La Zulma no pudo detenerme después de haberme descubierto. Corrí hasta perderla de vista. En la carretera apenas se notaban los focos de los autos que destellaban luces naranjas. ¡Mari! ¡Mari!, se oía a lo lejos la voz del Diego, mi hermano. Traté de correr para que no me alcance, pero él me rebasó pedaleando y se puso frente a mí con la bicicleta vieja del abuelo. Dijo que me había buscado por todos lados. Solo bajé la mirada, no quería verlo. Esas cosas no se hacen, me dijo con una voz suave. No quiero ir. Me va a pegar el papá, respondí casi llorando. No te va a pegar, más bien está preocupado, trató de animarme a subir a la bici.

Me senté en la pequeña parrillita de la bici y me sostuve del cuerpo de Diego para no caer, mientras el aceleraba al pedalear. Sus palabras me hicieron sentir mejor, con un poco de seguridad para explicarle al papá el porqué de mis acciones, aunque tenía miedo aún, un miedo que se quería mostrar en un estallido de lágrimas. El mismo miedo que también debió sentir el Juanito cuando lo pescaron robando en una casa. Ese día él murió linchado. Y a partir de que mi papá me

pegó, murió también Juanito para siempre en la boca de mi papá.

¡Acaso quieres ser como la Mari!, les gritaba mi papá a mis hermanas cuando se perdía algo en la casa.

Los «extraños»

Cuando salí de la adolescencia para iniciarme en los laberintos confusos de la juventud, lo primero que busqué en mi vida fueron espacios de convivencia. Pasé del activismo político al activismo ambientalista. Fue ahí que conocí a mucha gente y muchos jóvenes de La Paz.

Participé en la marcha contra el Dakar con algunos activistas de La Paz y, como consecuencia, fui arrestada por la policía junto a otras tres chicas en el gobierno de Evo Morales. Salí poco después de unas horas, gracias a la ayuda de algunos integrantes de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos de La Paz. Cuando mi mamá se enteró, se puso molesta contra el gobierno, pero no por eso dejó de apoyarlo. Siempre le echaba eso en cara y ella siempre me respondía que sí le indignaba que me hayan arrestado, pero que otras personas habían pasado por peores situaciones que yo.

Mi hermana mayor, la Elva, a veces se enojaba por el comportamiento de mi mamá, ya que, según ella, la Adela se preocupaba siempre por otras personas antes que por sus hijas. Muchas veces regalaba vestidos y muñecas de cuando éramos niñas, y lo hacía sin nuestro consentimiento. A veces prestaba dinero a otras perso-

nas, a pesar de estar endeudada con el banco. Siempre regalaba palta y fruta a sus amigas más necesitadas, a veces también a otras comerciantes en el mercado, sin importarle que eso le generara pérdidas en su capital.

Una vez, fui de prisa a recoger un sueldo que debían pagarme por unas encuestas que había realizado. En el transcurso, tomé un trufi para encontrarme con el jefe de la institución. Llegué a mi destino, le pagué mi pasaje al maestrito y, luego de bajarme, pasé presurosa frente al auto para dirigirme al otro extremo de la avenida. El chofer aceleró y, en un instante, uno de mis pies fue pisado por la llanta delantera del trufi. El señor paró y los pasajeros bajaron a ayudarme y le exigieron al conductor que me llevara a un hospital. Me subieron al auto y llamé inmediatamente a mi mamá para contarle lo sucedido. El chofer me llevó a una clínica privada y me hicieron unos rayos X. La planta del pie estaba herida y los tendones de mi pie izquierdo estaban muy inflamados. Afortunadamente no me había fracturado ningún hueso, pero debía reposar por al menos una semana, hasta que me recuperara.

La doctora le dijo a mi mamá que podíamos presentar una denuncia contra el chofer. Yo estaba decidida a hacerlo, porque lo que hice fue intentar pasar al frente cuando el semáforo me permitía cruzar. Así que con toda seguridad podía afirmar que fue irresponsabilidad del chofer.

De pronto, llegó la esposa del señor que, olvidé mencionarlo, era ya casi un adulto mayor. Su esposa también lo era. Ambos se acercaron hacia mi mamá pi-

diendo perdón. Más que todo la señora. Le rogó a mi mamá que no sentara denuncia, porque ambos se tenían el uno al otro, únicamente, y se mantenían solo con lo que ganaba el esposo como conductor. Si presentábamos la denuncia, era posible que retengan el vehículo y multen al señor y… se quedarían sin dinero.

Mientras el dolor me causaba molestias e incomodidad, yo trataba de explicarle al chofer que era necesario que se haga responsable de lo sucedido, porque podía pasarle a otro peatón. Mi mamá los observaba fijamente, de arriba hacia abajo, como analizando cada detalle de su apariencia. Fue entonces que me interrumpió y les dijo a los señores que no se preocuparan, que paguen los costos de la clínica y las medicinas, y nada más.

No se pueden imaginar lo furiosa que estaba. ¿Y mi zapato destrozado?, le dije a mi mamá. Yo te compro otro, respondió. ¿Y mi calza toda rota?, reclamé después. Yo te regalaré otra mejor, me dijo.

Los señores, agradecidos, le pasaron un número de celular a mi mamá, por si se ofrecía otra cosa. Retorné a casa con el pie vendado y con la idea de que tenía como mamá a una señora que no le importaban sus hijas, sino que se preocupaba más por los extraños.

Si un día me matan, a ver si te preocupas por los asesinos, le dije al llegar a casa.

Vos no entiendes, hay gente que tiene más necesidades que tú. ¿A ti qué te falta? Tienes comida, tienes casa, tienes papás. Ellos apenas tienen su auto para vivir, de paso. ¿Cómo crees que deben vivir? Mal pues.

Y si tal vez te estaban mintiendo...

Clarito es cuando mienten. ¿Acaso el señor era ricacho, acaso vestía bien? Clarito es cuando no tienen dinero.

Ay, no sé, mami… Siento que no nos quieres a tus hijas. Me decepcionas.

Mi mamá se fue a la cocina, mientras que yo me recosté en la cama, esperando a que los medicamentos disminuyan el dolor.

Desde ese tiempo, las discusiones que se generaban con mi mamá casi siempre se debían a experiencias similares o por aspectos políticos. Ella defendía a un gobierno y otro, por encima de lo que yo opinaba sobre ellos.

El 2019, después del conflicto que dio lugar a la renuncia de Evo Morales y el ascenso de Jeanine Áñez al poder, hubo movilizaciones en La Paz, El Alto y Cochabamba que concluyeron en asesinatos, masacres y represión a las personas movilizadas, todos ellos indios.

Por los medios se difundían las imágenes de jóvenes ensangrentados y gente que se dispersaba para no recibir una bala en la marcha que pasaba por Sacaba. De personas que escapaban de la policía por los alrededores de las colinas en Ovejuyo. De mujeres que lloraban a sus muertos en Senkata. Las represiones habían causado heridos y gente arrestada para ser posteriormente torturada por la policía y los militares.

Jamás vi tan preocupada a mi mamá como cuando se quedaba atenta frente al televisor para informarse sobre los muertos, hasta el punto en que no aguantaba

el dolor y se rendía ante el llanto, enjuagando sus lágrimas con su mandil y a veces corriendo a rezar hasta la cocina; casi siempre hace eso cuando se siente mal. A ratos era como si con su mirada me dijese: ¿Ves? Hay personas que están pasando situaciones peores que tú. Luego volteaba nuevamente hacía el televisor, ignorando por completo la lástima que yo me tenía en ese instante.

He conocido a muchas clases de personas, pero nunca a alguien como la Adela. Es como si lo que entendiese de la vida viajara por su historia de forma continua. Ella ya carga con toda la estructura racista contra la que resistió. Quizá por eso no pudo atarse a los complejos minúsculos con los que se enfrentaba su hija; no porque no le importaran, sino porque sería añadirle un peso innecesario a lo que ya estaba implícito dentro de toda esa estructura.

Cuando las noticias sobre los muertos se hicieron virales en las redes sociales, varias de las personas que conocía como activistas medioambientales, gente a la que apreciaba, justificaron las masacres y felicitaban la militarización en El Alto. La institución de Derechos Humanos, la que me había ayudado cuando me arrestaron en el 2017, no pidió justicia ni se pronunció en contra de los asesinados.

Cuando estoy confundida por cosas que no entiendo si están bien o mal, la Adela es como una brújula que me indica a dónde dirigirme.

Mamá no lloró cuando me arrestaron el 2017, no lloró cuando un chofer me atropelló con su auto. Sí

lloró al ver cómo la gente moría injustamente en aquella crisis política. La Adela estaba más preocupada por los extraños, como siempre, porque mi mamá siempre fue una de ellos.

Perro gris

Cuando lo vi por primera vez, lo primero que miré fueron sus patas traseras, dos pedazos de carne con pelos arrastrándose. Carnes condicionadas por el movimiento de la otra mitad de su cuerpo. Así cruzó la avenida principal y se refugió debajo de la pasarela del Arquitecto, sentado, estático, oculto entre todas las piernas que subían y bajaban las gradas.

Lo vi desde arriba de la pasarela, era una mancha gris que se balanceaba torpemente por el pavimento antes de acomodarse. Yo tenía veintiún años y pasaba por mi época de rescatista de animales, me sentía parte de quienes luchan creyendo que salvando perros algún día lograrán la reivindicación de los derechos de los animales.

Pero volviendo a lo del perro lisiado ese, pues pensé que, como a varios otros animales que había recogido, lo podría llevar al veterinario para que se recupere y luego hacer que alguien lo adopte. Al bajar las gradas, pregunté a algunas comerciantes de por ahí que lo miraban con lástima si sabían qué le había pasado. Y nadie sabía, pero todas estábamos de acuerdo en que un auto lo había atropellado, eso por sus patas traseras inmóviles.

El perro era grande, creo que olvidé decirlo. Lo noté mientras bajaba las gradas. Algunos rescatistas no recogen a perros heridos grandes, ya que se necesita ayuda para trasladarlos. Solicitar auxilio a las nueve de la noche, en medio de tantas personas que suben gradas chocándose entre ellos, indiferentes a los leves golpes recibidos o dados en los hombros, no me generaba muchas esperanzas.

Me acerqué al animal, claro, con un poco de miedo, ya que los callejeros suelen ser agresivos. Le sobé la cabeza con la punta de los dedos, estaba tranquilo, como si no sintiera nada, ni siquiera mis dedos, así que completé la caricia con mi palma también. Él seguía sin hacer ningún movimiento. Era imposible que lo cargara yo sola, así que paré un taxi y el chofer me ayudó a cargarlo. Lo metimos a la parte trasera del auto. Yo también me senté atrás, a su lado, para tranquilizarlo. No son necesarios muchos detalles, parecía que no le dolía nada. No se quejó mientras lo cargábamos, no se resistió ni se inquietó, tampoco cuando el auto hacía movimientos torpes o pasaba por baches.

Llegamos a casa. El señor y yo cargamos al perro hasta la puerta. Él se fue y me quedé sola, sin ayuda de nuevo: una chica a la que apenas le alcanzó para pagar el taxi, con un perro grande en la puerta de su casa. Vi al animal apoyado en la pared y concluí, al fin, que no había sido buena idea. La puerta se abrió inmediatamente después de ese arrepentimiento. Apareció mi hermana junto con su novio. Me riñeron: Por qué has traído un animal… El papá se va a enojar… No sé yo… Ya, ni modo…

Como yo no dije nada, me ayudaron a cargarlo, lo metimos a mi cuarto, el más pequeño de la casa. Ni siquiera el baño se comparaba con la estrechez de un espacio en donde apenas cabía un intento de catre al estilo japonés (en el suelo) que tenía como base un pedazo de esponja cubierto con ropa vieja y algunas frazadas y sábanas con los bordes sucios, por la acumulación de polvo. Podía acomodarme ahí perfectamente, aunque, siendo sincera, era incómodo dormir en ese pedazo de trapos amontonados que era la base de más trapos amontonados con los cuales me vestía. Montañas de prendas sucias y limpias mezclándose cada vez que buscaba algo para ponerme. Ya no podía diferenciar cuáles había lavado recientemente y cuáles estaban semanas tiradas ahí después de haberlas usado. Zapatos viejos, cada uno separado de su par, una tele vieja acomodada en pedazos de madera en un rincón, ah, y libros que no había leído esparcidos por doquier. Mi puerta se encontraba al lado del «catre» y una pequeña ventana era el conducto que me conectaba con los gritos de mi hermano Wilson y su familia, que tenían su cuarto al lado.

Puse al perro encima de mi ropa, para que se caliente. Se apoyó en la pared y nuevamente no se quejó por el dolor, si es que lo sentía. Así que no me preocupé por acomodarlo. Le llevé unos huesos blancos que encontré por la cocina, algo de sopa, un poco de pan. Acerqué los huesos y el pan a su nariz. No olfateó los alimentos, ni se inmutó, solo había un silencio en el cuarto, apenas interrumpido por el sutil sonido de las migajas de pan cayendo al piso.

Fui al cuarto de mis papás, pero antes le tomé una foto al perro. Empecé la rutina: publicar en Facebook y grupos de WhatsApp de animalistas, imagen y texto, mencionando que él necesitaba ayuda veterinaria o alguien que quiera pagar los costos pues el perro estaba gravemente herido; aclaré que no quería comer, que sus patas traseras no respondían, que yo lo rescaté, que era obvio que él quería vivir. Pasé como media hora en el cuarto. Entre llamadas y mensajes, varias personas se animaron a ayudarme, me pasaron números de veterinarios y me dieron algunos consejos para que lo cuidara. Recuerdo que fue una chica quien se interesó más por el caso. Me llamó. Mencionó que su esposo era veterinario, me dijo que al día siguiente podrían recogerlo en un taxi para llevarlo a su consultorio.

Revisa sus pupilas, me pidió. Volví al cuarto. Lo encontré aún apoyado en la pared, en la misma posición, como si fuera una fotografía, no se había distorsionado ningún pixel. Le estiré un poco los párpados, sus ojos estaban amarillos, incluso donde tendrían que estar blancos. Revisa sus encías, insistió ella. Las tenía de un rosa muy pálido, casi blancos donde iniciaban sus colmillos. Se lo dije y se quedó callada por un instante. Abrígalo mucho, pasaremos mañana temprano. Le di la dirección de casa. Acerqué mi mano al hocico del can. Sentí su aliento apenas cálido. Vi sus patas delanteras y noté recién que al llevarle la sopa derramé un poco encima de una de esas patas, miré a la vez cómo algunas gotas bajaron hasta el piso y rodearon sus garras. Moví la pata y se creó un borde de sopa seca que se contrastó

con el espacio limpio que estaba debajo del pelaje y las garras. Es decir, el perro no se movió nunca, nada se había movido desde un inicio. Ni sus ojos, que seguían mirando al frente. Pero seguía el aliento raquítico. ¿O no había aliento? Acerqué mi mano nuevamente al hocico. Ese aire cálido seguía estando, se sentía otra vez en mi mano. Pero algo me decía que no era su respiración. Creo que nunca lo fue.

¿Hola? Sí, ya no hace falta que venga, señorita. El perro ya murió.

Cuando alguna vez te digan que un catre no es necesario en un cuarto, golpea a esa persona, golpéala fuerte y dile que no sabe nada de la vida. Y no te hablo de cualquier catre, sino de ese que tiene el lecho elevado considerablemente. Porque la parte de abajo puede ser útil para poner los zapatos, guardar algún objeto, una guitarra, para esconder comida o a un amante... En la parte de arriba puedes dormir sin importar lo que haya abajo. No importa si quieres más espacio horizontal para moverte, porque lo que importa en la vida es tener más espacio vertical, eso es lo mínimo que se requiere para no dormir con un perro muerto al lado.

Quería enterrarlo. Si no pude salvarlo, al menos el animal debía tener un entierro digno. La muerte también debe ser digna. Esos cuerpos indefensos no eran pedazos de basura, sino cuerpos que deben ser despedidos al borde del profundo hoyo de un patio, con toda solemnidad. Claro, eso siempre y cuando la persona que lo despida tenga una pala y un patio con al menos un sector que no esté cubierto de cemento; cosas con

las que yo no contaba. Así que decidí llevarlo muy temprano al terreno de mi mamá, donde sí había una pala y un patio grande, por Tilata. Puse una alarma para las cinco de la mañana y dormí al lado del cadáver.

Cargar al perro en una carretilla, salir silenciosa de casa, cruzar la ciudad muy temprano y a pie, enterrarlo en aquel lugar y volver a casa antes que mis padres recuerden que vivo con ellos y pasen a saludar tocando la puerta de mi cuarto. Llegar a las ocho y media de la mañana sin ningún tipo de culpa y desayunar como si nada hubiera pasado… Esa sería la historia que hubiera contado si la alarma hubiera sonando a las cinco de la mañana y no a las cinco de la tarde, por error de programación.

Desperté mirando al perro. Sus ojos estaban cerrados y una especie de mucosidad colgaba como un hilo desde su hocico hasta mi cabello. Quedé horrorizada y a punto de vomitar cuando vi que ese líquido se vaciaba con algunos trozos pequeños de arroz. De pronto, mis pies sintieron como una masa cremosa. Percibí un olor a mierda que se hacía más intenso cuando deshacía esa mucosidad moviendo los dedos. Me asomé y del ano del perro colgaba excremento con algunas gotas de sangre verdosa. Limpié mis dedos con la ropa más cercana a ellos. Limpié cada dedo y escuché cómo las arcadas que salían de mi boca sonaban como eructos. Aguanté la respiración. Abrí la puerta inmediatamente, una acción que era sencilla, ya que la puerta estaba a un estirón de brazo de distancia entre mi cama y ella. La abrí un poco, saqué mi cabeza y solté la respiración,

tomé aire muy agitada. Buenos días, hija…, apareció mi papá. Buenos días, papi. Metí la cabeza y cerré inmediatamente la puerta.

Debía ir a la universidad en ese instante. Me bañé, me vestí con la poca ropa limpia que tenía, cubrí al perro con unas mantas y algunas ropas sucias, luego salí de casa. Durante el día, con regularidad pensaba en mi cuarto y en el perro muerto con excremento saliendo y colgando de su ano, con la preocupación de que quizá no me había puesto suficiente perfume en la ropa. Después de la universidad debía ir al trabajo que tenía en una institución.

Volví a casa muy tarde, a propósito. Mi hermana, la única que podría haberme ayudado, se había ido un tiempo a la casa de su novio; me enteré en ese instante por mi mamá. Después de que todos cenaron y se fueron a dormir, me encerré en mi cuarto hasta la medianoche, que fue cuando dejé la puerta abierta para que el olor del excremento no se acumule en mi habitación. Me senté al lado del cuerpo, le di la espalda. Mis piernas, por la estrechez del espacio, quedaron afuera del cuarto, sentí frío. El cadáver parecía más grande en volumen, no quería verificar si se había hinchado, ya que me daba asco y por eso lo había cubierto con ropa antes de irme. Luego, todos seguían descansando a las tres de la madrugada. Yo estaba despierta y tenía que quedarme así dos horas más, para que se ejecute el plan de enterrarlo en el otro terreno, debía aguantar, tenía que aguantar. Pero me dormí nuevamente. Lo curioso, es que esa noche soñé con que había hecho aquella tarea,

sentí satisfacción por un instante mientras soñaba. Al abrir los ojos, sentí al perro con una pierna, sentí un olor pútrido, los cerré otra vez, no quise abrirlos nunca más.

¿Qué pensarían si les digo que la preocupación más genuina, como cuando repruebas un año de la escuela, te embarazas sin planearlo, matas a alguien…, huele a perro muerto? La mía olía literalmente así.

La tercera noche ya no pude más. Mi cuarto tenía un cuerpo pútrido que me llamaba a huir de ahí, muy lejos. Huir de casa, escapar. Sudaba y sentía que me ahogaba con el olor de los órganos putrefactos dentro del animal, por las heces colgadas del ano que no limpié, o por el hilo de saliva y mocos que salía de su hocico. Y al notar que aquella montaña de prendas sucias estaba cada vez más y más grande, supe que el perro se había hinchado más, o era eso o había puesto más ropa encima. Asomé la vista donde estaba el excremento, para al menos limpiarlo, pero noté que se había vuelto negro y, al observarlo más de cerca, sentí su sabor en mi lengua, entrando por mi garganta y mezclándose con el plato de lentejas que había comido. Los granos no digeridos subieron hasta mi garganta, empujados por el líquido ácido que ya sentía en mi paladar, y fueron expulsados por la nariz y la boca; a poco estaban de salir también por mis ojos. Vomité en mi cuarto, sin lograr llegar al patio. No pude aguantar más el olor. Azoté la puerta desesperadamente hacia la pared de mi cuarto para abrirla rápidamente, sin importarme que mis padres y los demás estuvieran durmiendo y salí casi de ro-

dillas, arrastrándome, pero con una libertad al inhalar aire puro. Mi papá gritó desde el otro cuarto: ¡Chuy! ¡Qué pasa! Le respondí que me dolía el estómago y quería vomitar.

Siempre supe que a la medianoche hacía más frío y lo comprobé ese día que dormí en la cocina. Me acosté en una silla, no me di cuenta de que había dejado mi celular en mi cuarto. Quise olvidar a propósito que debía deshacerme del perro por la madrugada, eso y respirar moderadamente. Al despertar, la voz ronca de mi padre me levantó señalando mis manos frías. No me dijo nada más. La puerta de mi cuarto estaba cerrada cuando salí de la cocina. Lo único que había en mi bolsillo eran las llaves y unas monedas de dos pesos.

Desde ese día, dormí en la sala. Me vestía con la ropa vieja que encontraba dentro de yutes. Mis zapatos los cepillaba con detergente rápidamente antes de salir, para que no se vean sucios. Incluso fingí que el celular no funcionaba bien, por eso pedí que mejor no me llamen durante el día. ¿Exagero? Quizá sí, un poco. Muy poco. El imaginarme destapando las mantas de mi «cama», para ver lo que había debajo, me daba incluso más asco que el olor que despedía el cadáver del animal.

La hediondez se metió por los espacios agrietados o las ranuras de la pequeña ventana que compartía con el cuarto de mi hermano. Oí cómo le comentó a mi cuñada: Siento un olor a podrido, ¿no has guardado carne por ahí? No, respondía ella. Cuando pasaba por su cuarto, de forma disimulada, lo veía hurgando entre

las prendas guardadas en su ropero, el mueble que estaba cerca de la ventana. Esa ventana que muchas veces agradecí tener cuando olvidaba mis llaves dentro, ya que por ahí metía mi mano acompañada de un palo enorme que empujaba la manilla de la cerradura de mi puerta. Ahora era una maldición que hizo que me planteara meter mi cabeza en la tierra o en un horno caliente. Me había propuesto esta vez sí o sí, como sea, sacar al animal antes que él se diera cuenta, pero mi hermano preguntaba incluso a la familia: ¿No deberíamos destapar los tubos o la cámara de agua? Creo que huele mal algo ahí dentro. Mi mamá ignoraba su preocupación por el olor. Mari, me preguntaba él, ¿no hay algo en tu cuarto que se esté pudriendo? Quizá viene de ahí. Revisaré, decía, para tratar de calmar la situación, pero no aguantaba soltar esas palabras mientras sabía muy bien que no haría nada.

A veces me quedaba frente a la puerta, tratando de abrirla para sacar al animal de una vez por todas, pero al recordar la peste, imaginar su cuerpo hinchado y el vómito en el piso, me detenía, lo aplazaba todo, igualito que los cobardes esos que aguardan hasta tener el valor al día siguiente. Pasaban los días y otra vez, de nuevo, yo trataba de no llegar a casa temprano, sino muy tarde, saludar e irme a dormir en la sala, con la misma ropa puesta, con los zapatos puestos y metidos dentro de las frazadas prestadas del cuarto de mis padres. Cuando preguntaban, les decía a ellos que tenía mucha tarea y que necesitaba un lugar amplio para hacerla, que en mi cuarto no podía.

A veces veía que mis sobrinas se quedaban en el patio, porque no soportaban el olor en su cuarto, mi cuñada también. Y mi hermano insistía en que debíamos destapar la cámara de agua, porque estaba cerca de su puerta y lo más lógico para él era que había un tubo que estaba sucio o con algo podrido dentro.

Hasta que una noche, mientras me dirigía a casa muy tarde, sucedió lo inevitable. Apenas mi hermano me miró a lo lejos, desde la puerta de la calle, inmediatamente se acercó a mí. ¡Cochina!, me dijo. La respuesta más certera sería un: ¿Por qué? Pero yo ya sabía la respuesta. Entré a casa rápidamente y vi cómo la luz que salía de mi cuarto se esparcía por el patio. Solo me detuve a llorar cuando mi nariz percibió al perro. Conocía ese olor, fue un olor demasiado nauseabundo. Los gritos de mi hermano se escucharon por toda la zona, pero yo solo podía concentrarme en el pútrido aroma que se haría más fuerte al acercarme a esa luz, al pequeño espacio de donde huía todas las noches. El perro había agrandado su tamaño por la hinchazón, medio cuerpo sobresalía por entre mis ropas. Sus patas estaban estiradas, como si fuese una mesa tirada de costado en el piso. Las heces se encontraban con rajaduras, parecían pedazos de carbón y el vómito, con el líquido ya seco, exponía los granos de lenteja y arroz que se distribuían por el piso.

Mis sobrinas salieron a ver el espectáculo con la boca cubierta, mi cuñada se quedó callada en un rincón del patio. Nadie más que ellos estaban. Desatendí sus miradas y los gritos. Fui a la cocina en busca de un

yute y, con el asco clavado en mi boca, metí apenas la mitad superior del cuerpo del perro. Lo subí apenas al cochecito azul que usaba para vender por los mercados, ya que la carretilla estaba con algunos desajustes. Sola de nuevo, sin ayuda, tuve que hacer un esfuerzo inimaginable. El animal, que no quería ni tocar, estaba siendo manoseado desde el ano hasta su cabeza para acomodarlo bien. La Mamacha, la perra de mi hermana, se acercó y empezó a lamer el cuerpo descubierto del perro. La ahuyenté. Dejé la puerta del cuarto abierta y me dirigí al tiradero de basura más cercano a casa, Mamacha me acompañó, sin que pudiera detenerla.

Caminamos y la gente no se veía extrañada. Supuse que era porque a esa hora muchas mujeres caminaban por ahí con un cochecito o carretillas, cargando siempre algo. Claro, nadie imaginó que lo que llevaba yo era un perro muerto (ahora que lo pienso mejor, puede que no haya sido yo la única trasladando a un animal muerto). Cuando llegamos al basural, incliné el coche y el cuerpo se trasladó al montón de basura. Varios perros se acercaron, esperanzados con que el bulto fuese un par de huesos, carne o menudencias y... sí, lo eran, pero carnes y órganos de su misma especie. Mamacha empezó a espantar con sus ladridos a los otros perros, pero en vano, algunos ya estaban abriendo el yute.

Yo solo quería que tuviera un entierro digno, ya que no lo pude salvar. Creí que quería vivir. Recuerdo que cuando le conté a la chica del veterinario que el perro había muerto, me dijo en un tono dulce, como para darme ánimo: Al menos murió sabiendo que alguien

lo quiso. Y ese alguien lo dejaba tirado entre los desechos cotidianos, ahí todo descompuesto, para que un camión le dé santa sepultura entre montañas de basura en el botadero municipal.

Quizá su sueño del perro fue morir debajo de la pasarela y le he quitado ese anhelo. No he respetado su voluntad y, nada pues, falleció en la casa de alguien que ni siquiera podía ofrecerle una cama decente.

Si el mundo se tratara de negarle sufrimientos a alguien, hubiera tirado a la basura a ese perro desde un principio.

La culpa es de la Colonia

Zulma, mi hermana, tenía diecisiete años cuando empezó su negocio de vendedora de CDs. Al inicio trabajaba como chalequera, rubro mejor conocido como «las llamadas», conformado por quienes realizaban llamadas locales e internacionales desde un celular (de los primeros que aparecieron en el país). Cobraban por minuto, un peso, y por treinta segundos, cincuenta centavos.

Mi hermana trabajó como chalequera por más de cinco años y, después de ahorrar, se puso un kiosco de llamadas, de recarga y venta de tarjetas de crédito para líneas de celular. Eso fue al principio, poque más adelante fue llenándolo de CDs y VCDs (poco antes que se hicieran populares los DVDs). O sea, vendía música y películas en discos.

Desde el 2006, en El Alto se había popularizado mucho la venta de CDs más que todo. La mayor producción se traía de Perú, ya que en la frontera había varias tiendas llenas de piratería. En El Alto se quiso hacer lo mismo, producir material pirata propio para no revender lo de los peruanos, pero los puestos eran escasos y no muy variados a comparación del Desagua-

dero, de donde mucha gente compraba por mayor para vender en todas las ciudades de Bolivia.

Mi hermana traía CDs de la música que sonaba esa época. Por lo general, música latina, reguetón y cumbia variada, la que estaba de moda para los jóvenes, como la cumbia de Marilyn o La Banda de Lechuga; música latina de Reik o Enrique Iglesias; La Factoria o Nigga. Si se trataba de películas en VCD, los más populares no eran los que pasaban por el cine, sino películas que se habían trasladado del formato VHS al VCD, películas comunes como Chucky o Rocky, también filmaciones de prestes y entradas folklóricas. Después, la exigencia de la gente se enfocaba en buscar películas de estreno en formato VCD, aunque fuesen grabadas desde un cine. Lo bueno de que la mercadería llegara desde Perú, era que los peruanos ya tenían en venta algunas películas que llegaban tarde o no llegaban a las salas de proyección de Bolivia.

El comercio de CDs y VCDs exigía novedades en cuanto a música, series, novelas y películas. A Zulma en un inicio le fue muy bien, pero el poco capital que tenía no le permitía variar su mercadería. Pronto la gente le pedía más novedades en música, series completas, telenovelas coreanas, dibujos animados… Así que decidió prestarse dinero del banco. Invirtió aquello en comprar más películas novedosas, aunque música más que todo.

Su clientela más fiel se componía en su mayoría por jóvenes, ya que cerca del kiosco donde vendía se encontraba un colegio, a pasitos de los famosos Hornitos, lugar donde varios adolescentes y jóvenestrabajaban para pagar sus estudios de colegio y universitarios.

Debido a eso, los clientes adultos y mayores a veces se enojaban porque no encontraban «su música» entre los CDs, buscaban en vano entre los discos de videoclips. Todo en el kiosco se trataba de la música juvenil que mi hermana siempre intentaba actualizar, atenta a las radios juveniles y a los gustos de sus amigos y clientes.

Mi hermana se dio cuenta, tarde, pero no tanto: la música del recuerdo, la chicha, el huayño, la cumbia boliviana y la música nacional, eso era lo que buscaban muchos adultos y también algunos jóvenes que se hacían viejos. Zulma no conocía mucho de esa música y, de hecho, no le gustaba. Cuando intentaba traer música de esos estilos casi siempre traía canciones ya pasadas de moda o de cantantes que casi nadie conocía, como chicheras peruanas ya antiguas. Antes aparecían bastantes cantantes y tenías que estar informada para saber cuál de todas era la más preferida en El Alto, algo que Zulma no conocía para nada.

Mi hermana era experta en predecir cuáles canciones iban a sonar bastante, porque se sabía muy bien las estaciones de radio que escuchaban los jóvenes y conocía el reguetón de moda, pero la «música de viejos», como le llamaba, no era de su interés, así que no estaba informada de las grandes novedades que aparecían en la industria de la música chicha o la cumbia del recuerdo que, para esa época, había crecido bastante en difusión. Eso, por el contrario, lo sabía muy bien mi papá, él tenía muy buenos gustos en esos géneros.

Entonces, mi hermana decidió que mi papá trajera la mercadería desde el Desaguadero. Cuando mi papá

retornaba de viaje, siempre traía música chicha variada: Sagrado, Lágrimas, Delirios… Eran grupos de chicha muy famosos en esa época. Mi hermana regañó a mi papá la primera vez que trajo los discos porque se había excedido en traer música para adultos.

Pero al otro día se le pasó el enojo, ya que varios de los CDs y VCDs que mi papá trajo fueron comprados inmediatamente. Después, mi papá le sugirió a mi hermana que instalara una radio con unos buenos parlantes en su kiosco, para que la gente pueda escuchar las novedades y, al hacerlo, se animen a comprar la chicha o los nuevos éxitos de la música peruana y boliviana.

Era un éxito el puesto de mi hermana, pero luego dejaron de ir los jóvenes y solo llegaban adultos al kiosco. Mi hermana entendió que era necesario que ella también viajara luego para traer música juvenil. Cuando lo hizo, también se excedió en traer reguetón, bachatas, cumbia villera… y volvió con muy poco de música chicha o «música del recuerdo». Y otra vez lo mismo... Cuando mi papá viajaba, también olvidaba traer música juvenil, por más que mi hermana le diera una lista. Es que en el Desaguadero había tantas tiendas, había tanta variedad que supongo que cualquiera tenía ganas de llevarse todo. Resultaba muy difícil escoger muy bien qué llevar, la diversidad de música y películas que se vendía en la frontera parecía infinita.

En el puesto de mi hermana siempre había un desequilibrio. Cuando iba mi papá a comprar los discos, traía más «música de viejos». Cuando iba la Zulma, traía más música juvenil. Al final, los clientes, los de

ambos bandos, casi siempre estaban inconformes por la falta de variedad para unos y para otros.

Ante el problema, mi hermana decidió que había que elegir a alguien que vaya al Desaguadero a comprar los discos. Esa persona debía ser alguien que no tuviera ninguna preferencia por la música de unos u otros. ¿A quién eligieron? No, a mí no. Yo en esa época estaba en mi etapa k-poper, y hubiera comprado solo novelas coreanas o videoclips de k-pop. Así que mandaron a mi mamá, porque ella solo era influenciada por la música cristiana que escuchaba en las radios también cristianas. Quien tenga gusto por esa música no tiene gusto por nada que le ofrezca la vida. Aunque ella sí era olvidadiza y un poco irresponsable, pero tanto mi hermana como mi papá confiaban en que ella traería solo la música que se le exigiría en partes iguales.

Vasa traer diez discos de chichas del recuerdo, luego diez de Jeanette. Anotá, anotá. Luego Néctar unos diez, Alaska vas traer unos diez, pero que tenga «Lucharé por tu amor», si no tiene eso, no vas a traer…

Mi mamá anotaba lo que le decía mi papá en un pedazo de papel.

De mí vas a traer unos diez de Kudai, Don Omar unos diez, pero que tenga «Pobre diabla», después de Kumbia Kings unos diez también. Vas a traer CDs que digan Reguetón 2015, 2016… No reguetón de este año porque eso es de hace cinco años…

En esa época, por el 2009, mi hermana estaba atenta a las canciones latinas que se habían popularizado. Una banda mexicana llamada Camila sonaba bastan-

te por las estaciones de radio. Incluso varias chicas ya le habían preguntado a mi hermana por el grupo, así que ella estaba segura de que iba a vender muy bien los CDs.

Mami, anótate esto bien, vas a comprar el CD de Camila, vas a comprar unos treinta. Grave me están pidiendo. Camila, unos treinta.

Mamá se fue un martes muy temprano, que es día de feria en Desaguadero. Llegó por la tarde y mi hermana y mi papá, como siempre, estaban ansiosos por abrir las bolsas de discos. Bueno, todos siempre estábamos a la espera porque era entretenido revisar los discos.

Mi papá estaba feliz porque había traído las canciones que le había pedido a mi mamá e inmediatamente, como siempre, fue a buscar la radio para escucharlas. Sí, eso es. ¡Bien, Adela!, felicitaba a mi mamá.

Sin embargo, mi hermana, preocupada, buscaba entre las bolsas los CDs de Camila que le había pedido a mi mamá. Le preguntó si los había conseguido y ella lo afirmó, insistiendo en que busque.

Mi hermana esculcó bolsa por bolsa y, al abrir la última, sacó un disco que llevaba como nombre «Camela, la magia del amor». Se asomó a la bolsa y había como treinta de esos CDs. Zulma se fue enfurecida a buscar a mi mamá.

¿Pero qué has traído? ¡Esto no es Camila, es Camela! ¿Cómo has comprado? ¿Qué le has dicho al vendedor?

Ash, pero por qué no me explicas bien pues. Yo no le he dicho. Le he dado la lista nomás y le he dicho que me lo busque.

Mamá le mostró la lista a mi hermana y en ella estaba escrito «Camela 30 cedes».

Mi mamá es aymara, de las que hablan, primero aprendió su idioma y luego el que ahora yo estoy usando para escribir esto. En su lengua la «e» y la «o» no existen en la escritura, pocas veces se usan en la pronunciación. Solamente cuando las vocales «i» y «u» van antes o después de los sonidos postvelares «q» «qh» «q'» y «x». Así que era totalmente entendible que, producto de un choque de dos lenguas, haya escrito «Camela» en vez de «Camila». Lo malo es que había comprado treinta CDs de un grupo español de tecno-rumba de los años 90, una mezcla de géneros musicales que dudo que alguien en el país conociera; lo peor es que en las tiendas de discos no te devolvían la mercadería, ni aunque estuviera rayado el CD, menos por errores lingüísticos.

Mis hermanas y mi papá nos reímos bastante al enterarnos: ¿Qué pensando le habrá vendido el señor los CDs? ¿Y qué pensando el señor de los CDs ha debido piratear esa música?

Por días, en el kiosco de mi hermana sonaba la canción «No puedo estar sin él» de Camela, esperando a que alguien reconozca el tema o se interese por él y busque comprar el disco, pero pasaban los días y la canción espantaba a los clientes. Sonaba como que a música gitana y no se podía ni bailar. Canciones aburridas y poco pegajosas.

Por días tuvimos que vender algunos CDs mintiendo a la gente: Sí, joven, esta es una nueva banda nacio-

nal muy buena. Tiene temas que han aparecido en la novela de canal once. Grave estoy vendiendo su música, la gente grave busca, ya se van a acabar los discos, ya unitos quedan.

Y poco a poco, apenas, nos deshacíamos de los CDs de Camela, incluso regalamos algunos discos, todo con tal de deshacernos de ellos. A veces ni regalado querían.

Puedo asegurar que si existe algún fan club de Camela en Bolivia, es gracias al kiosco de mi hermana que distribuyó su música en los lares alteños.

Mi mamá se sentía culpable a veces, cuando mi hermana le recordaba aquel momento, ya que había perdido la oportunidad de tener una buena ganancia. Desde ese día, mi hermana fue sola a comprar su mercadería, siempre agradecida por las sugerencias que le daba mi papá sobre escoger música para los adultos.

Yo hasta ahora pienso que no fue culpa de mi mamá el haber comprado esos discos, no fue su culpa que mi hermana haya obtenido pérdidas con esa música. La forma en la que escribió la Adela en ese papel era la forma en que algún aymara o algún gringo también pudo haber escrito, pero quien lo leyó seguramente lo hizo desde su mentalidad adoctrinada al idioma castellano. Entonces, es culpa de los españoles por la colonización, pero sobre todo por sus pésimos gustos musicales.

La «ciudad»

No dejaré de recordar la primera vez que conocí La Paz. Fue en una visita a la feria 16 de Julio, cuando tenía como nueve o diez años. La vi desde la riel del antiguo ferrocarril que marcaba la frontera entre las ciudades de La Paz y El Alto. Me quedé muda cuando miré las casas pequeñitas y los edificios largos, sobresaliendo entre el paisaje. A lo lejos vi el Illimani, bien acomodado entre la cordillera, como si nos mostrara a esa ciudad y nos dijera: Esto es mío.

Mi papá señaló la autopista, específicamente a los autos.

De niño, hija, yo pensaba que esos autos eran juguetes, porque pequeños se ven, ¿no ve?

Yo también pensaba que eran autos chiquititos, papi. De esos que hay en la feria de juegos, no ve, esos minibuses que pedaleas, no ve. Sí. Bien chiquititos se ven.

Sí pues, mirá, parecen minibuses abortados…

«Abortado» le decía mi papá a cualquier cosa, persona o animal más pequeño de lo que comúnmente es.

Mi papá era carpintero, así que bajábamos seguido hacia el Centro de La Paz y a la zona sur. Lo contrata-

ban para hacer puertas de departamentos, para arreglar mesas, para hacer zócalos y colocarlos, entre otras cosas.

Tomábamos un auto hasta la Ceja, de ahí harta gente esperaba los micros o minibuses para ir a La Paz. ¿Estás yendo a la ciudad?, se preguntaban entre ellos los tíos y las tías. Sí. ¿Hasta dónde tienes que ir?...

Mucha gente iba a Sopocachi o a barrios de la zona sur. Nos peleábamos por los minibuses y llenábamos los micros porque, a veces, no había muy temprano. A las siete de la mañana ya estábamos en la Ceja, buscando bajar hasta la «ciudad».

Dependiendo de la zona donde trabajara mi papá, a veces tomábamos un micro, un minibús o un bus. Los micros y buses eran baratos, el pasaje era de un peso con cincuenta centavos. Existían los minibuses, los buses azules, existía el «lechuga», el micro amarillo y el micro rojo.

La vez que pisé la hollada por primera vez, no sabía que era La Paz. Nos quedamos en la plaza Garita de Lima con mi papá. Ahí había gente comerciante, vendedores, cargadores, lustracachos… Siempre tomábamos un jugo de quinua con manzana en esa parada, porque barato también era. Cuando bajé del micro, seguía siendo El Alto para mí, a pesar que desde la ventana yo veía que íbamos bajando, como si nos deslizáramos en un resbalín.

La gente que subía era como mi papá y yo. Hombres morenos con sus mochilas cargadas, mochilas viejas, algunas con manchas de estuco o remendadas. El pasillo del micro se llenaba a veces con bultos que

tenías que esquivar al bajar y al subir. No faltaba en la charla de los pasajeros el: ¿Y vos dónde trabajas? Mi papá siempre decía «zona sur», porque iba mucho ahí. Mucha gente iba ahí.

Yo veía por la ventana y las casas eran cada vez más bonitas. Cuando a veces pasábamos por El Prado, no podía creer que tuvieran cines como en las películas, los jardines eran muy coloridos, las plazas eran diferentes y, mientras más nos adentrábamos en esas calles y avenidas, más diferente también era la gente, más blancona.

¡Me quedo, maestrito!, y el micro se vaciaba en cada tramo. Un poquito de El Alto bajaba de un micro y se quedaba en la «ciudad».

¿Ya vamos a bajar?, le preguntaba a mi papá a cada rato. No, esperá, más adentro es, me repetía después. Y el auto recorría edificios grandes, que no pasaban desapercibidos, yo los miraba desde la ventana. Como en las películas, me repetía maravillada. Uhhhhhh…

La primera vez que pisé La Paz, para mí no era La Paz. La segunda vez que la pisé, sí, era más o menos como decían. Llegamos a la zona sur. No recuerdo dónde exactamente, pero no olvido que mis ojos hacían que mi cabeza gire de un lado a otro, miraba alrededor, a las casas, a la gente… y sentí algo que nunca había sentido: estaba lejos, muy muy lejos de casa, porque sentía como si fuera una persona que venía de otro país. Me sentía una extranjera.

Desde niña aprendí a manejar un taladro para asegurar unos zócalos. Mi papá me enseñó. Vas a agarrar

así, ponía mis manos en la herramienta. Luego las alejaba para explicarme tomándola él.

Esto vas a tocar y va a girar la punta, me decía y presionaba un botón. ¿Ves? Empujas, introduces a la madera hasta la mitad y listo, sacas. Metes el ramplú, pero solo hasta la mitad, solo hasta la mitad, no muy adentro. Luego insertas el tornillo dentro del ramplú y con esta punta del destornillador vas a poner en esta ranura, ¿ya? Y giras, siempre a la derecha, fuerte. Cada quince centímetros vas a taladrar y luego ya sabes.

No tenía regla, tenía que aprender a medir mirando. Siempre a la derecha, me digo a veces, recordando esa frase cuando no sé a qué lado girar para asegurar la llave del gas o de la ducha.

La señora de la casa en donde trabajábamos siempre nos invitaba mucha comida, primero una sopa, luego el segundo y después un refresco. ¡Mari, vení a comer!, me llamaba mi papá. Esa era la parte que más me gustaba de trabajar: la comida. Nos lavábamos las manos y nos sentábamos en el piso de aquel cuarto sucio, regado de trozos de madera, lleno de aserrín disperso y con algunas manchas de barniz…

Mirá esta casa, Mari. Grande, ¿no? Así quisiera tener.

¿Pero nosotros por qué no podemos tener así casa?

Plata pues, hija, plata. Estos son q'aras, tienen plata. Por eso tienes que estudiar, así casa te puedes comprar.

La casa era de piso, creo que tenía cuatro, con varios departamentos.

Me gustaba ir con mi papá a trabajar, lo que no me gustaba era salir a la calle después de trabajar. Es-

tábamos sucios, más yo que mi papá; no tenía overol y me ensuciaba sobre todo las mangas y la parte de mi pantalón que cubría mis rodillas. En el cabello de él se quedaba aserrín o terminaba ensuciándoe la parte de atrás de las orejas, producto de todo el sudor al que se apegaba el polvo de madera.

A veces no había micro, solo minibús. Subía y me incomodaba. Siempre había gente blancona y sentía que me miraban. No sabía por qué pensaba eso, así que a veces me peinaba disimuladamente, por si miraban mi cabello o tapaba las partes de mi chompa que tenían hoyos, con mi mano, por si todas esas miradas se fijaban en mi ropa. Mi papá siempre me hacía sentar en la espaldera del minibús, así que veía la cara de los otros pasajeros frente a mí. Si había alguien al lado de mi papá, sentía que era incómodo para esa persona sentarse al lado de alguien que olía a aserrín. No me sentía cómoda ni comiendo un pedazo de pan dentro del auto, porque sentía que me regañarían o se molestarían conmigo. A veces mis manos estaban con barniz. El barniz de madera no se quita fácil, así que me iba así a mi casa, con las manos negras por la oscuridad del líquido. Me daba pena mostrar mis manos cuando salíamos de trabajar, así que estiraba al máximo mis mangas, para ocultarlas.

En cambio, cuando subíamos a un micro era diferente. Ahí, La gente también retornaba de sus trabajos en la «ciudad». Así que mostrar mis manos sucias no me preocupaba, hasta podía comer con ellas en el micro. Incluso podía sacarme los pedazos de capa de barniz

seca de mis manos, me entretenía con eso y me sentía con total confianza de hacerlo. Mi papá se sentaba pegándose a alguien y podía hablar con ese alguien. Yo no sentía que esa persona esté incómoda por mi papá.

Cuando llegaba a El Alto, era mejor. Ya no me sentía lejos de casa. Podía caminar con mi ropa sucia por haber trabajado sin sentir que me miraban. No me sentía una extraña, una extranjera.

En algunas casas donde trabajábamos, a veces no nos daban almuerzo, pero nos daban dinero para ir a almorzar. No sabíamos dónde encontrar comida en la zona sur. Entramos a varios restaurantes, pero eran muy caros o ya se les había «acabado» la comida.

Así que tomábamos un minibús de los que van al estadio de Miraflores, caminábamos un poco y entrábamos a un mercado. Adentro era otro pedazo de El Alto: hombres e incluso niños con overol y mujeres de pollera y comerciantes, todos ellos llenaban el comedor de aquel lugar. Las comideras te llamaban a su puesto: ¡Te voy a yapar!, ¡sentate, sentate!… Todos compartían la estrecha mesa con otros trabajadores.

No me gusta la sémola. Vas a buscar almuerzo sin sopa de sémola, me decía mi papá. Y así nos paseábamos por el comedor. ¡Aquí hay sopa de maní!, le gritaba, jalándole el brazo e indicando el puesto. Creo hasta ahora que los comedores de los mercados no son para conversar, solo para comer. Más que conversaciones, se oían sorbos, personas masticando con la boca abierta y suspendiendo los mocos o aspirando el aire agitadamente por el picante de la *llaxwa*: Juuuuuu ah, juuu ah.

Nunca más volvimos a preguntar por comida en un restaurante de la zona sur. Siempre nos íbamos al mercado.

Recuerdo que una vez fuimos a una casa de Sopocachi en Navidad. Mi papá arreglaba una mesa, yo solo le sostenía algunas patas o le pasaba las herramientas. La hermana mayor de esa familia nos invitó panetón con Coca-Cola. Por la tele pasaban el especial de navidad de La Niñera, una serie que me gustaba mucho. Vi el capítulo por detrás de la abertura de la puerta que daba al cuarto de esa chica. Ella reía mucho con los chistes del programa y yo también reía, supongo que por eso ella notó mi presencia. Me invitó a pasar, no me regañó, pensé que lo haría.

Cuando entré al cuarto, estaba su hermanita, parecía de mi edad. Era buena conmigo, me prestó su muñeca, era una que tenía rizos rubios y un vestido rojo, hecho de gamuza, muy hermoso. Lo puedo recordar hasta ahora.

¿Quieres ir a jugar?, me llevó por la sala y me mostró sus otros juguetes. Tomé uno. Recuerdo que ella miró mi mano y me dijo: ¿Por qué tus manos están negras? Miré mis manos y le respondí: Es que es barniz, eso es para pintar las maderas.

Ya no me quiso prestar sus juguetes, por mis manos sucias.

Al salir de esa casa, no quise verlas, oculté mis manos debajo mis mangas otra vez. Subimos al minibús con mi papá. Sentí de nuevo que todos miraban mi cara, miraban mis manos, así que las metí entre mis axilas,

cubiertas por mis mangas. Miraba por la ventana, con el deseo de subir rápido a El Alto.

Cuando llegamos, descubrí mis manos rápidamente. Las tenía muy morenas y agrietadas por el frío, igual que las de muchos niños alteños.

Era mentira. Mis manos no tenían barniz.

Tabla de salvación

Relatos cortos que salen de las entrañas de la ciudad de El Alto, de eso se trata este pequeño libro, *Los hijos de Goni*, de la joven autora Quya Reyna. Su valía es la descripción descarnada de episodios que, protagonista y narradora, ella ha experimentado desde su niñez, bajo la clave de lo que se conoce como «identidad alteña». En el recorrido que nos ofrece, dibuja la pobreza, áspera, implacable, sin las concesiones que el sentimentalismo suele recrear de ella. Al hacerlo, Quya ratifica permanentemente el lugar desde donde describe, por ejemplo, cómo una niña que, para explotar al máximo las funciones de su cuaderno, utiliza los espacios fuera de los márgenes de las hojas y escribe en letra pequeña; o como aquella que, al lado de su padre, recorre los mercados de El Alto, vendiendo productos para el carnaval; o que, en la zona sur de La Paz, aprende a usar herramientas de carpintería, con el agravante de un barniz que mancha sus manos, marca de su condición social frente a los usuarios que cohabitan el transporte público.

Ironía mordaz de por medio, sus relatos exponen las contradicciones de un medio en el que la única moral posible es la de la subsistencia. Ahí está el maestro, de conducta severa, al que le es inocultable, sin embargo, el deseo

de imitar al tío Huicho, comerciante hábil e inescrupuloso, y conseguir sus logros, a cualquier precio, en el «arte del khamaneo». Está ella misma, tentada por pequeños deslices, robando los centavos que circundan el bolsillo de su hermana o de su madre, rondando en su conciencia la memoria de Juanito, que al ser encontrado en flagrancias parecidas, fue linchado por los vecinos de la zona.

Del conjunto de relatos que expone, sin rodeos ni sutilezas, quizá el mejor logrado, por su carga expresionista, es «Perro gris». En este, Quya Reyna interactúa con el casi cadáver de un perro que agoniza debajo de un puente, lo lleva a su casa, lo envuelve en mantas de su cama y experimenta su muerte, lenta, pausada, pero inevitable, todo en el curso de una narración oscura, amarga, que al final pone en cuestión su propia compasión con un ser que, con o sin ella, igual terminaría en un basural. Con esta conclusión, Quya se deshace de la ilusión de salvar al otro, pone en duda toda forma de idealización de la condición humana, en su caso, desgarrada por la impotencia que, en breve, deviene en cinismo. Potente arribo hacia la nada, de la que, sin embargo, Quya Reyna emerge como un sujeto-testimonio y enfrenta desde ahí su alteñidad, como escritora.

En eso radica, finalmente, su tabla de salvación. A cada crónica, una mueca de humor negro; a cada provocación, una respuesta ácida; a cada utopía, la realidad incontrastable como prueba.

CECILIA SALAZAR DE LA TORRE
La Paz, octubre de 2021

Los hijos de Goni

Leer *Los hijos de Goni* es un placer que me alegra poder haber vivido, ya que la combinación de palabras, en muchos momentos, me arrancó carcajadas, me hizo sentir rabia y me dejó pensando en la vida de la autora y de la sociedad alteña como tal… todo lo que un buen texto debe provocar, en mi opinión. Pero eso no fue todo, sentí sabores, sensaciones y hasta ganas de vomitar con algunas descripciones. Así que les advierto que lo que generen las siguientes nueve crónicas será responsabilidad de ustedes y no de la autora, ya que considero que en la completa desnudez de nuestros prejuicios, en la intimidad e incluso en las cosas que pensamos, pero no decimos, hay una razón por la cual nos gusta o no un texto y luego lo valoramos positiva o negativamente.

Como una leal y crítica lectora de las producciones de Quya, es mi intención que la forma en la que haré mis comentarios del libro les motive a leerlo de principio a fin, lo recomienden o incluso lo regalen.

Las crónicas «Los hijos de Goni» y «Los extraños» nos llevan a revivir los hechos de octubre del 2003. Para quienes investigan sobre ese tiempo, sin duda, les ayudará a conocer las múltiples significaciones que nos de-

jaron esos hechos históricos y las nociones sociales que se aprenden cuando eres *wawa* o *imilla* en El Alto. Les sugiero leerlas en ese orden, una seguida de la otra, si deciden empezar por ahí.

«El fiambre» y «La ratera» quedan bien como par para continuar la lectura. Seguimos en la niñez de la autora, pero ahora con hechos cotidianos que bien podrían repetirse en familias alteñas y no alteñas. La forma de comer y el qué se come no dejarán de ser temas para hablar en la sociedad boliviana y estos textos automáticamente nos llevan a pensar en este aspecto fundamental de la vida misma. Con seguridad, habrá gente que quizás se sienta conmovida o se le antoje un fiambre. Es posible que juzguen la segunda crónica, de este dúo que les propongo, desde una moralidad aprendida, cualquiera que sea, pero más que eso, les desafío a ver si hay moralejas y si estamos de acuerdo en que bien podrían reemplazar a un par de las *Fábulas de Esopo*.

Si les apasiona hablar de cómo se hace plata en El Alto, «El Huicho» y «El arte del khamaneo» son las crónicas para ustedes y bien podrían ser leídas en las escuelas durante las horas cívicas del Día del Padre. Realmente creo que al leerlas una niña podría sentirse identificada, alegrarse con las anécdotas, o inclusive aplacaría ese sentimiento que puede dejar la ausencia de muchos progenitores, ya sea por trabajo o simple irresponsabilidad paterna.

«La culpa es de la Colonia» es un texto que se puede leer sueltito. Basta con recordar las veces en las que no pronunciamos una palabra «bien», es decir, bajo las re-

glas de la Real y Colonizada Academia de la Lengua Española, para evidenciar cómo se da el choque de nuestra lengua materna aymara con otro idioma. Puede ser que alguna vez también nos hemos reído de otra persona por un error de pronunciación y, además, esto lo usemos para burlarnos y discriminarla, haciéndole responsable de su ignorancia, pero eso muestra que la IGNORANCIA es grande. Como mucha gente lo dice: algo sabes y algo ignoras. Para esta parte, les sugiero que acompañen su lectura con los éxitos musicales de ese tiempo.

Viajar de municipio a municipio, de El Alto a La Paz, es una travesía que muchas personas hacemos diariamente. De bajada o de subida, el contraste es divergente y no, no es por sentarse en la silla eterna de victimización del pobre. Reconocer y darte cuenta desde *wawa* que la CIUDAD, es La Paz, es de las primeras cosas que aprendes para diferenciarte de los otros. Es por eso que «La "ciudad"» es un texto para mirarnos las manos, ya sea que las tengamos negras, morenas, blancas o marcadamente quemadas por el sol, pero lo que importa, al final, es la relación social y los encuentros de esas manos. Lectura apta para preescolares de clase media y clase alta.

«Perro gris», es, para mí, el mejor y lo sugiero para terminar de disfrutar este libro. Es el viento frío, ese que hace doler hasta el hueso de las convicciones y sensibilidades adquiridas. Cuestiona y, dependiendo de la capacidad imaginativa, te podría dejar atrapada recreando las escenas nauseabundas del relato. La historia es algo cruda, pero te hace entender que, aunque el activismo por los animales no es nuevo, o para que cada vez más

gente alteña se digne a rescatar perros de la calle, algo bueno se ha estado haciendo.

Según su querer, ganas y afinidades, les invito a leer el libro en el orden que les propuse o pueden encontrar uno nuevo… En todo caso, deseo que lo disfruten.

CHARITO (ROSARIO DE LA CRUZMAMANI)
El Alto, febrero de 2022

© Alberto Valeriano Anaya

Reyna Maribel Suñagua Copa (Quya Reyna), nacida en la ciudad de El Alto el 18 de febrero de 1995. Comunicadora egresada de la Universidad Mayor de San Andrés de la ciudad de La Paz. Su padre es Filomeno Suñagua Suxo y su madre Adela Copa Copa. Es parte del grupo indianista-katarista Jichha y miembro del Colectivo Las Martinas. Ilustradora y diseñadora gráfica.